

BRAILLE Y PUNTO

Antología de Cuentos

Unión Latinoamericana de Ciegos (ULAC)

© Unión Latinoamericana de Ciegos (ULAC), 2026

Todos los derechos reservados.

Se permite la reproducción total o parcial de esta obra con fines educativos o no comerciales, siempre que se cite la fuente.

Coordinación editorial: Miguel Ulloa

Revisión: Somalia Soriano

Diseño y diagramación: Angela Mazza

Esta publicación fue elaborada en el marco del Concurso “Braille y Punto”, orientado a promover la reflexión sobre el sistema braille como herramienta de inclusión, acceso a la información y ejercicio de derechos.

Disponible en formatos accesibles.

Contenido

BRILLE Y PUNTO	1
Nota editorial	4
Prólogo	5
La forma suave del asombro	8
LA MAGIA EN UN TESORO LLAMADO BRAILLE	11
Merci, Naya	15
Milagros y su aprendizaje del sistema braille	19
Calor de sol.....	23
Dos pasos	27
Punto más punto	30
Um Programa Diferente no Supermercado	35
Gracias a los Seis Puntos Dejé la Ignorancia	39
Artiquín y su cerebro mágico.....	43
Los puntos que Cuentan Historias	45
Los Seis Puntos Misteriosos.....	49
El Rectángulo Blanco.....	52
Los últimos lectores	55
Relieve de miradas	60
Las palabras bajo la piel	64
Con la Yema de los dedos	67
¿Qué pasó con Tres?.....	71
Dueños de la pelota.....	74
¿El viento tiene color?	77
Rescatando Sueños.....	81
Dos pájaros de un tiro	85
Seis puntos en las estrellas	87
No Llores, Léeme	91
El Código de la Luz en mis Manos	95
Agradecimientos	99

Nota editorial

La presente publicación de la Unión Latinoamericana de Ciegos (ULAC) se enmarca en el concurso "Braille y Punto", una iniciativa impulsada para conmemorar el valor del sistema braille y su vigencia como herramienta fundamental de acceso a la lectura, la escritura y la participación plena de las personas con discapacidad visual. Este concurso surge como un espacio para promover la creación literaria, visibilizar el braille y fortalecer el vínculo entre las personas, las comunidades y el movimiento asociativo en la región a los 200 años de su invención.

Este libro reúne los cuentos participantes autorizados, organizados en orden alfabético por autoría, acompañados de una breve presentación que permite conocer el contexto, la trayectoria y las motivaciones de quienes escriben. A través de estas páginas se expresa una diversidad de voces, experiencias y miradas, que reflejan distintas realidades, edades y formas de comprender y vivir el braille.

Cada relato es, a su manera, una invitación a imaginar, a sentir y a reconocer el braille no solo como un sistema de lectoescritura, sino como una herramienta de autonomía, identidad y conexión con el mundo. La escritura, en este sentido, se convierte en un puente que amplía horizontes y abre posibilidades.

Invitamos a las personas lectoras a recorrer estas historias con apertura y sensibilidad, reconociendo en ellas no solo la creatividad de sus autores y autoras, sino también el valor colectivo de construir una sociedad más inclusiva.

Agradecemos de manera especial a todas las personas participantes y a quienes hicieron posible esta iniciativa.

Prólogo

A lo largo de la historia de la humanidad, pocas invenciones han logrado transformar de manera tan profunda la relación entre el ser humano y el conocimiento como el sistema de lectoescritura Braille. Creado en Francia durante el siglo XIX por Louis Braille, este sistema de puntos en relieve abrió una puerta que durante siglos había permanecido cerrada para las personas ciegas: la posibilidad de acceder a la lectura y la escritura de forma autónoma. Gracias a esta creación, millones de niños, jóvenes y adultos en todo el mundo han podido acercarse al lenguaje escrito, al aprendizaje, a la cultura y a la imaginación.

Louis Braille, quien perdió la vista en su infancia, comprendió desde muy temprano que la educación de las personas ciegas requería un método que permitiera leer con la misma naturalidad con que otros lo hacían con los ojos. Inspirado en sistemas de lectura táctil existentes en su época y en el llamado “escritura nocturna” desarrollada para fines militares, Braille logró simplificar y perfeccionar un método basado en combinaciones de seis puntos en relieve. Este sistema, presentado cuando aún era muy joven, permitió representar letras, números, signos de puntuación y posteriormente incluso notación musical, abriendo así un universo completo de comunicación escrita.

Más allá de su dimensión técnica, el sistema Braille representa una verdadera conquista cultural y humana. Leer no es solamente decodificar signos: es imaginar, comprender, dialogar con otros pensamientos y recorrer mundos posibles. Para una persona ciega, el Braille significa la posibilidad de construir ese mismo puente hacia el conocimiento, la creatividad y la autonomía.

Con ese espíritu nace esta publicación: como un espacio de encuentro entre la literatura y el sistema Braille. Aquí se reúnen breves narraciones y cuentos que se originaron en el concurso “BRAILLE Y PUNTO”, frase que se eleva como sentencia que pretende establecer la permanencia de este sistema de lectura, pues tiene una importancia fundamental para niños y niñas ciegos de todo el mundo. Estas historias buscan destacar la relevancia de esta forma de lectoescritura, reconociendo el profundo valor que tiene para el desarrollo personal, educativo y cultural de quienes acceden a ella. Cada relato pretende recordar que detrás de cada punto en relieve existe una historia de esfuerzo, aprendizaje y descubrimiento.

La literatura posee una capacidad única para acercarnos a las grandes ideas humanas. A través de relatos breves, es posible recorrer caminos de reflexión, emoción y memoria. En este caso, esas narraciones se entrelazan con una de las invenciones más significativas en la historia de la educación inclusiva: el sistema Braille.

En este contexto, el siguiente texto constituye una reflexión central que inspira el espíritu de este proyecto y que forma parte esencial de esta introducción:

La presente aventura literaria, es una travesía memorable no solo en el tiempo y el espacio, sino mucho más profundamente: es un viaje hacia la consciencia de un hombre que, hasta entonces, desconocía la verdadera trascendencia y la inmensa magnitud de su propia creación. Este simple juego de puntos y signos cargado de matices, cuidadosamente tejidos, se alza como un esfuerzo creativo de gran relevancia en el marco de la conmemoración de los 200 años del sistema Braille. No es solo un reconocimiento histórico, sino que una reflexión íntima y trascendental: cómo una simple idea logró abrir un universo completamente nuevo, otorgando voz y dignidad a millones de personas en el mundo.

En definitiva, este sistema de lecto escritura propone mucho más que un simple viaje: nos invita a reconocer lo extraordinario en lo aparentemente pequeño, y a honrar una invención cuyo genio sigue resonando con fuerza hoy.

A partir de estas ideas, las narraciones que se presentan en esta publicación buscan rendir homenaje a una invención que transformó la historia de la educación y de la inclusión. El sistema Braille no es únicamente un método de lectura; es una herramienta de libertad, un puente hacia el conocimiento y una forma de participación plena en la vida cultural.

Al recorrer estas páginas, el lector se encontrará con relatos que evocan el valor de los pequeños puntos en relieve que, unidos, construyen palabras, ideas y mundos enteros. Así, cada historia se convierte también en un reconocimiento a Louis Braille y a la perdurable vigencia de su legado: una invención nacida de la observación, la perseverancia y la convicción de que el acceso a la lectura y a la escritura debe ser un derecho para todos.

Miguel Ulloa
Secretaría de Deporte y Cultura de ULAC (2024-2028)

BRAILLE Y PUNTO
Compilación de Cuentos

Concurso regional de escritura sobre braille
Unión Latinoamericana de Ciegos (ULAC)

Montevideo, Uruguay
2026

La forma suave del asombro

Abel Valerio

San José, Costa Rica

Presentación: Abel Valerio es gestor cultural, fotógrafo experimental, productor sonoro, presentador y consultor independiente, con una trayectoria centrada en la promoción de la cultura, la accesibilidad y los derechos de las personas con discapacidad visual. Forma parte de FUNDAPROGRECI, donde coordina programas y proyectos orientados a generar espacios de participación plena, fortalecer la autonomía y promover la inclusión desde el trabajo comunitario, articulando iniciativas junto a aliados en cultura, arte, deporte y accesibilidad.

Su participación en este concurso nació de su compromiso con la promoción del braille como una herramienta fundamental para la inclusión y la vida cotidiana; desde su experiencia personal, al haberlo aprendido en la adultez, destaca la importancia de su enseñanza desde las primeras etapas educativas. Su obra se inspira en el trabajo de familias de su comunidad y proyecta, desde una mirada esperanzadora, los sueños y logros de nuevas generaciones de personas ciegas y con baja visión.

Cuento:

Donde las raíces escuchan y ven, el silencio no es vacío, es un lenguaje esperando ser leído con las manos.

En algunos cuerpos, la luz nace. Y el sonido se cultiva. Hay una forma de entender la vida que no depende de los sentidos. Se llama dignidad, y crece como los árboles: lenta, sabia, profunda.

Aina apenas empezaba a descubrir el mundo que la rodeaba. Sus manos pequeñas, y una elegancia que casi no podía contener —y que aún no comprendía— la hacían parecer hecha de un lenguaje distinto. Lina, consciente, amorosa, entregada, a veces temerosa, trataba siempre de dar lo mejor de sí. Algunas veces lo planeaba todo; la mayoría, improvisaba y aprendía junto a su hija que los planes se trazan día con día, hora tras hora, minuto tras minuto. Que las cosas deben fluir. Que hay licencias que una debe darse.

Después de todo, desde que Aina llegó a su vida, cada jornada era una aventura, una cátedra de esas que no se imparten ni en las mejores universidades.

Creció entre revistas, libros, cuentos, adultos que la escuchaban, la enseñaban, aprendían de ella y con ella, y le daban opciones. Tuvo una madre que fue pilar macizo, que sostuvo su red de apoyo inquebrantable a pesar de mil dificultades.

Ahora, años después, tras una semana intensa, los recuerdos se amontonaban mientras caminaba por el pasillo con su maleta. Aina evocaba con ternura cada punto

sobre la yema de sus dedos. Aún joven, ya había recorrido países, probado cumbres y desiertos, y bebido el mar.

Ya no necesitaba ver las estrellas: las creaba con un punzón sobre el hermoso papel, cuidadosamente escogido.

Cuando tocaba su instrumento, era precisa y orgánica; vivía la música a su propio tempo, la sentía y respetaba los silencios —esos viejos conocidos que a veces llegaban sin avisar, y que con el tiempo aprendió a recibir con cortesía.

Recordaba los colores, las formas y la luz... y también la penumbra, que de vez en cuando la visitaba sin previo aviso.

Sus manos eran sinónimo de libertad: con ellas había pintado su propio mundo, esculpido deseos y modelado sonrisas. Estaban bien cuidadas; eran bellas y poderosas, como ella misma.

Aún no entendía del todo la vida —y sabía que nunca lo haría—, pero eso no le preocupaba. No sabía si se estaba haciendo con la vida o si la vida se estaba haciendo con ella, pero disfrutaba cuestionárselo. También tenía momentos de inseguridad. Lloraba, reía, soñaba, amaba.

Cargaba sobre sus hombros el peso de quienes la querían y respetaban, y en su corazón sabía que era parte de una comunidad... y que la comunidad también era parte de ella.

Su madre le enseñó a ver el mundo con todos los sentidos: con amor y con malicia, a pensar y calcular, a ser consciente de todo lo que la rodeaba. Le enseñó a observar sin juzgar, y a tomar decisiones difíciles. Sabía decir que no una sola vez; lo decía con sus palabras, con sus manos, y lo escribía con tinta... y en Braille.

Ella prefería el trabajo silencioso que deja huella, y las alianzas que no exigen cuerpos ni favores, sino dignidad.

Entonces recordó su primera vez en una mesa de diálogo: elegante, dispuesta, fuerte; con su discurso en las manos, en la mente y en el corazón.

Frente a ella, algunos la miraban intrigados; otros la observaban como un objeto de cálculo egoísta, desde sus inseguridades y ambiciones; y otros le temían... porque sabían que su fuerza residía en una verdad innegociable.

—La habilitación y la rehabilitación son pilares fundamentales para el autoconocimiento, el respeto propio y el respeto a los demás —dijo con firmeza—. Nada ganamos con hablar de las necesidades de otros si no hemos vivido sus realidades. La observación no es suficiente. Para mí, el bastón es una palanca que mueve al mundo. Y muchos aún crecen pensando que es una condena.

Su presencia no era una aspiración de poder o visibilidad personal. Llegó a ese momento luego de años de trabajo duro, para y con los demás. Era consciente de que su vida, su realidad, formaban parte de una realidad mayor.

“Yo soy porque nosotros somos”, decía un viejo amigo soñador, que estuvo antes que ella y que, ya retirado de las trincheras, aún tomaba algún café de vez en cuando con aquel grupo particular de amigos que conoció cuando apenas era una niña y con su madre compartía con ellos entre bastones de todos los colores y la luz del diálogo. Con ellos aprendió lo bueno y lo malo, a discernir y trazarse su propia ruta.

También sabía decir que sí, y lo decía rotundamente, lo dejaba claro y dejaba sentir el peso del compromiso que significaba esa pequeña palabra.

—Podemos coordinar una reunión y discutirlo —propuso entonces—. Armar un proyecto y ver cómo lo presentamos. Es importante trabajar juntos en una misma dirección y que cada uno asuma sus responsabilidades... Esto no es por nosotros, es por los que vienen detrás.

No eran palabras aprendidas, era un discurso vivido día con día desde su trabajo, desde sus aportes, desde las vidas que marcaba positivamente.

Muchos sentían que estar ahí era un lujo, un privilegio. Se sentían élite; ella, en cambio, sabía que estaba ahí por su propio mérito, por su entrega y su esfuerzo... y, sobre todo, porque aún faltaba mucho por hacer.

El camino apenas empezaba y ya muchas realidades golpearon sus mejillas sin piedad y sembraron en ella la semilla de querer hacer siempre algo más.

Y entonces, ya en el aeropuerto, su corazón latía de emoción por volver a casa, por dormir en su cama y levantarse al otro día con su rutina de siempre. Sabía que también allí, en lo cotidiano, seguía tejiendo el cambio con cada reunión, con cada acción, con cada palabra; punto por punto, carácter por carácter... la forma suave del asombro que la había acompañado desde niña.

LA MAGIA EN UN TESORO LLAMADO BRAILLE

Adriana Carolina Sánchez Gutiérrez

Colombia

Presentación: Adriana Carolina Sánchez Gutiérrez es licenciada en psicopedagogía con especialización en educación y orientación familiar, y cuenta con más de nueve años de experiencia en tiflogía, acompañando de manera comprometida los procesos de personas con discapacidad visual. Actualmente lidera el programa de tiflogía del distrito de Barrancabermeja, enfocado en fortalecer la atención a niños, niñas y adolescentes, promoviendo su inclusión en distintos ámbitos. Su vínculo con el braille nació durante su formación profesional, marcando profundamente su visión y compromiso con su preservación como parte esencial de la cultura de la discapacidad visual.

Participó en este concurso con el propósito de visibilizar las capacidades de esta población y de inspirar a su comunidad a reconocerse como sujetos activos con voz en la sociedad.

Cuento:

Había una vez una princesa, que soñaba todos los días con cambiar el mundo, enfrentar grandes batallas y ganar el privilegio de transformar la realidad de muchas personas que vivían en su reino, en este sueño solo la entendían sus amigos con los que jugaba a las escondidas de una forma tan maravillosa que solo ellos entendían el amor y la comprensión que se tenían.

Aunque la princesa tenía una debilidad y eran los días fríos y lluviosos, casi no le gustaban porque el frío en sus manos la hacía sentir triste y sus pequeñas orejas como las de un pequeño venado en invierno también se congelaban y esos días no podía salir a jugar con sus amigos y tampoco podía explorar el mundo a su alrededor ni vivir las aventuras a las que ella y sus amigos del reino estaban acostumbrados, es por eso que una mañana cuando la princesa despertó y abrió sus ojos color miel a un día nuevo y con una sonrisa dibujada en su rostro y la alegría a flor de piel, brinca de su cama y en un gran salto queda de pie frente a la ventana, corre la cortina y con tristeza. . . se da cuenta que está lloviendo y afuera hace mucho frío, ve por la ventana como caen los copos de nieve.

Pero ese día en particular, la princesa se quedó de pie un buen rato frente a su ventana, con su cabello negro largo que cobijaba su espalda hasta su cintura y mientras el viento frío acariciaba su cara, contemplaba cada figura de los copos de nieve que caían lentamente, con sorpresa y de repente su mirada se encontró la figura cálida y la sonrisa de uno de sus amigos, era un caballero, pero era uno de los más especiales caballeros del reino, no solo por su corazón guerrero, tenía en sus ojos una característica particular, en sus ojos todo brillaba y todo se tornaba blanco incluso cuando caía la noche.

Cuando la princesa lo vio le causó curiosidad la alegría que este presentaba en su rostro, el amor que podía transmitir aun teniendo sus ojos cerrados, se pregunta la princesa ¿Cómo es posible que tenga ese resplandor y esa fuerza en un día tan frío y triste, mientras mi nariz se congela, este guerrero está a punto de bailar bajo la lluvia y la neblina?

Pues como era característico en ella, no se pudo aguantar y corriendo cerró su ventana, se puso sus zapatos y en pijama salió corriendo a saludar a este caballero y dispuesta a resolver su pregunta, cuando cruzó la calle y quedó parada en frente del caballero sin decir ni una sola palabra y el fuerte viento hondeando en su cabello, con una voz suave escucha a su amigo decirle ¿Cómo es posible que una princesa tan hermosa y temerosa del frío esté parada bajo la lluvia enfrente mío? Y con cariño extendió su mano.

Con una sorpresa más que evidente da un fuerte grito la princesa y dejando de lado su mano salta con mucha euforia y lo abraza, ¿Cómo has adivinado que soy yo? Riendo el caballero le dice, no adiviné mi princesa, el viento como mensajero me trajo el olor de tu perfume que es inconfundible, solamente tu en este reino lo usas, por eso supe que eras tú y después de escuchar tu grito... lo confirmo, pensando en el clima, el caballero invita a la princesa a seguir a su casa, le pasó una manta y tomaron una taza de chocolate caliente con malvaviscos como el ya sabía que le gustaba a ella.

Seguido se sentaron en la sala y le dice la princesa, nunca me había dado cuenta como disfrutas la lluvia, los días fríos, ¿cómo es posible que disfrutes algo que no ves, como puedes reflejar tanto amor mientras llueve? mientras le daba un gran sorbo a su chocolate, solo los acompañaba el silencio, una gran sonrisa se asoma en los labios del caballero y de repente rompe el silencio diciendo ¡Porque la siento!

Tu sabes que hace muchos años, perdí el don de poder ver con mis ojos, pero fue maravilloso porque después de un tiempo me di cuenta que podía ver con el corazón, con las manos, que mis oídos ahora disfrutaban melodías en medio de la naturaleza. Lo que para ti es un día de lluvia para mi es un concierto, puedo escuchar cada gota de agua caer al suelo y el compás que hace cuando cae en el tejado de mi casa y en las ventanas, puedo sentir los copos de nieve sobre mi rostro y es como la caricia más suave que jamás he recibido.

La princesa lo miraba y no podía pensar en otra cosa sino en lo maravilloso que estaba escuchando, interrumpiendo el discurso que más parecía poesía, le dice la princesa con un tono de voz fuerte lleno de convicción y fortaleza ¡Yo quiero hacer que el mundo cambie, quiero que todas las personas del reino sepan y conozcan lo que tú me acabas de decir, quiero transformar la forma de ver el mundo de muchas personas!

Poniéndose en pie el caballero le extiende la mano a la princesa para ayudarla a levantarse, mientras le dice: - ve a tu casa, cámbiate esa pijama, peina

tu hermosa cabellera y entre risas dice, que puedo sentir lo enredada que esta por tu carrera bajo la lluvia, colócate unos zapatos cómodos y nos vemos en la plaza central del reino, si es cierto y noble tu propósito como me lo acabas de decir, te voy a enseñar y te voy a invitar a vivir la mejor aventura entre odiseas y cruzadas que vas a tener en tu vida.

Horas más tarde, cuando el sol brillaba con toda su intensidad en toda la mitad del cielo azul, un cielo tan hermoso y tan profundo como el mar, no había una sola nube y mirando al cielo la princesa dio su pronóstico del clima para ese día, - Hoy va a ser un día maravilloso, lleno de nuevas experiencias, aprendizajes y será el día 1 en mi diario a escribir de muchos días que todavía debo grabar, y salió al encuentro con su caballero de ojos brillantes.

Cuando se encontraron en la plaza la princesa posó su mano sobre el hombro del caballero sin decir una sola palabra y este riendo le dijo, veo que ya estas lista para nuestra aventura y de nuevo la princesa le pregunta cómo es posible que sepas que soy yo? Y el caballero le responde, - así como conozco tu perfume y es el primero que te delata también conozco tus manos y la suavidad de las mismas, te puedo ver de diferentes maneras y eso es lo primero que debes aprender.

Vamos a cargar un bolso rojo y en ese bolso vamos a ir guardando todo lo que aprendamos en el camino.

En ese momento la princesa pensó en un maravilloso libro que había leído cuando estudiaba en esa magnífica biblioteca del castillo llena de libros, ciencia, arte y química. Este libro llevaba por título “El caballero de la armadura oxidada”, la historia de un caballero en busca de su propósito y en la lucha por dejar sus miedos a un lado. Visitó castillos, consiguió nuevos amigos y aprendió con amor a vivir, y así como este libro, esta princesa también tomó su amor como arma y su disciplina, su valentía y su coraje como escudo y salió con su caballero, dando inicio a esta aventura; Cuando cruzaron el puente que separa al reino del bosque el caballero le dijo con voz suave, - ahora debes saber que lo primero que debes cambiar antes de cambiar al mundo es a ti !, la princesa sorprendida le pregunta como es posible hacer eso y es en ese momento cuando el caballero caminaba tomado de su hombro le explicaba que aunque él no podía ver con sus ojos, podía reconocer la naturaleza y todo a su alrededor. . .

Princesa debes aprender a sentir el piso en cada paso, hacer un mapa en tu mente de cada espacio que visitas y algo aún más maravilloso, debes saber que tus manos se vuelven tus ojos y con ellas aprendes a ver el mundo, haces un puente directo, primero la yema de tus dedos, la información recorre tus manos, sube por tus brazos, llega a tu cerebro y como un impulso de vida reconoces lo que estás tocando y pasa a tus labios para poder describir lo que estás haciendo.

Debes conocer algo importante que para nosotros es un tesoro, muy pocas personas que como yo pueden encontrarlo deben mostrarlo al mundo, porque es

una parte de nuestra alma como ciegos en batalla, la princesa llena de curiosidad y con sus ojos tan abiertos como el cielo, le dice, - rápido, rápido, rápido debes decirme que es, yo también quiero ese tesoro. Riéndose el caballero y dando pasos más cortos y más lentos le responde, - debes entender princesa que este camino no es de carreras, si corremos y no nos tomamos el tiempo de vivir nos podemos tropezar y caer, podemos sufrir heridas y no queremos eso, debemos disfrutar y aprender de cada paso y de cada enseñanza.

Nuestro gran tesoro se llama Braille, una palabra tan rara como mágica, tan profunda y tan escondida, recibe su nombre por un gran mago que existió hace muchos años, el braille es nuestra forma de leer con las manos, de sentir un mensaje mágico y misterioso donde muchos solo ven hojas en blanco y perlas en relieve.

Debes aprenderlo princesa, no será un camino fácil, pero debes empezar por cuidar tus manos, porque son ellas las que te permiten llegar a este tesoro y practicar todos los días, una regleta, un punzón, 6 puntos y un cajetín debes llevar siempre en tu bolsa roja, que ahora vamos a llamar corazón.

La princesa maravillada con este increíble viaje y este tesoro que estaba llegando a su vida, asumió con valor el compromiso de cuidar y llevar este gran tesoro a todas las personas de su reino y de todos los reinos vecinos, enseñarles que el mundo tiene tesoros que deben ser conocidos y que deben vivir, no solo por los que no pueden ver, sino como un reconocimiento a la lucha que hacen cada día por ver el mundo de una manera diferente, por ver desde el corazón.

Merci, Naya

Cuento ganador del primer lugar

Ana María Cedrés Gómez

Montevideo, Uruguay

Presentación: Ana María Cedrés cuenta con más de tres décadas de experiencia en el Centro de Rehabilitación para Personas Ciegas y con Baja Visión “Tiburcio Cachón”, donde se ha desempeñado como instructora de braille y, posteriormente, en el área de tiflotecnología. Ha dedicado su trayectoria a facilitar el acceso a la lectura y la comunicación de personas con discapacidad visual, así como a la producción de material accesible en braille y audio. Su experiencia personal con la pérdida de la visión fortaleció su vínculo con el braille, el cual considera una herramienta vigente que se complementa con la tecnología.

Participó en este concurso con la convicción de que el futuro del braille está en su integración con nuevas tecnologías, promoviendo la libertad de elegir cómo acceder a la lectura.

Cuento:

Quando Naya entró en el Centro de Reconstrucción Histórica Virtual, una voz envolvente le informó:

—Su cabina presenta una inestabilidad en la interfaz sensorial temporal. El equipo técnico aún no logró aislar la causa. Le avisaremos en cuanto esté lista.

Lo tomó con calma. Tecnologías tan complejas fallaban a veces... o eso creía. Se acomodó en un sillón, activó el modo privado de sus gafas inteligentes con un gesto y deslizó las manos en sus guantes hápticos. Las yemas comenzaron a sentir los impulsos familiares: puntos vibrantes, signos que emergían como si brotaran de su piel. El Braille fluía, vivo y dinámico. Repasaba etapas de su proyecto para el 250º aniversario de Louis Braille. No quería una simple recopilación histórica: soñaba con una reconstrucción capaz de dejar huella en el tacto y despertar la memoria de quienes la vivieran. Mientras leía, sus dedos danzaban sobre el aire invisible del texto. El ritmo era suave, casi hipnótico. Las gafas ajustaban la velocidad, adaptándose a su concentración...

—Naya, la cabina está operativa. Puede ingresar cuando lo desee.

El tiempo había pasado sin que lo notara. Se incorporó, olvidando que aún llevaba puestos y activos los guantes. Al tomar su bastón, este vibró y se desplegó, comenzando a transmitir datos del entorno a las gafas. Se puso de pie con decisión.

La voz no mencionó si el fallo se había resuelto del todo. No preguntó. Los guantes seguían activos, emitiendo pulsos mínimos. Parecía que las palabras no

quisieran abandonarla. Esa sutil corriente, ese pequeño descuido —entrar con la lectura aún viva en las yemas— sería el umbral hacia algo que iba más allá de cualquier reconstrucción.

Cuando cruzó la puerta de la cabina, Naya sintió un cambio inmediato. El aire era más denso, cargado de aromas de cera de vela, tinta, madera vieja. Bajo sus pies, el suelo crujía: tablas irregulares, desgastadas. El espacio vibraba con una vida distinta. Algo no encajaba del todo. Una voz suave, apenas un susurro, surgió desde sus gafas:

—Instituto Nacional para Jóvenes Ciegos. París. Invierno de 1834.

Un estremecimiento le recorrió la espalda. Estaba ahí. Había experimentado muchas reconstrucciones, pero esto era diferente. Las sensaciones no parecían generadas, sino reales.

Dudó un instante. Luego, guiada por un impulso que no supo explicar, se quitó los guantes. Quería sentir el mundo sin filtros. Sus manos desnudas rozaron la superficie rugosa del marco de una ventana, una regleta metálica, un nudo de madera. Todo tenía textura, temperatura, imperfecciones. No había latencia.

No había interfaz.

Cerró los ojos. Inspiró profundo. Aquel lugar vibraba con ella. Oyó unos pasos.

Luego, una respiración contenida.

—Bonjour... ¿Qui êtes-vous?

La voz masculina llegó con un dejo de cansancio. Las gafas activaron la traducción e identificación: “Louis Braille, 25 años. Imágenes generadas a partir de fuentes históricas.” La IA clonó la voz en español, con timbre y matices reales.

—Hola. Me llamo Naya. Es un honor conocerte, Louis Braille.

—¿Nos hemos encontrado antes? —preguntó él.

—No, pero sé quién eres. Eres el creador del famoso sistema de puntos. Gracias. De verdad. Por enseñarme a leer con las yemas de los dedos. Por darme el mundo.

Louis pareció desconcertado.

—¿Mi sistema? Creí que nadie lo usaba fuera de estas paredes. Dicen que es inútil. Que sólo nos aísla más, que acentúa la diferencia. Que pierdo el tiempo, obsesionado con puntos que nadie leerá. Que los ciegos no debemos inventar nada, sino aprender resignación y obediencia.

La voz temblaba. Naya percibió una tristeza antigua en sus palabras. Un cansancio que no esperaba encontrar en una simulación, por avanzada que fuera. Nadie le había dicho que Louis Braille había dudado así de su obra.

—Luis, no. No sabes lo que lograste —dijo con emoción, dando un paso hacia él—.

En mi tiempo, el Braille está en los ascensores, en las calles, en las computadoras. Leemos, escribimos, estudiamos. Tu sistema nos dio libertad, autosuficiencia, dignidad.

Él no respondió de inmediato. La duda se volvió palpable, espesa como niebla.

—Esas cosas... suenan imposibles. Sueños febriles de una imaginación desbocada.

Naya lo pensó. ¿Cómo probarle que decía la verdad?

—Quiero mostrarte algo —dijo en voz baja.

Con delicadeza, tomó una de sus manos y la guio hacia uno de los guantes que había dejado a un lado. Él palpó el material con cautela: era suave, nuevo, extraño. Se lo colocó con torpeza, desconfiado.

Naya activó sus gafas y cargó un breve poema en francés. Los puntos comenzaron a surgir bajo la yema de sus dedos, brotando del guante. Él los tocó y leyó.

—Les mots... bougent... —murmuró—.

Las palabras se mueven... No puede ser real. ¿Estoy soñando?

Se quedó en silencio largo rato. Luego rio, nervioso, como si temiera haber enloquecido.

—Es tu legado —dijo Naya, tragando saliva—. Yo nací más de dos siglos después de tu tiempo.

—¿Dos siglos...? —musitó él, entre incrédulo y fascinado.

—Sí. Te debo cada letra, cada texto, cada historia que leí. Me diste eso.

Él se apartó un poco. Se oyó el crujido de un cajón. Luis buscaba algo. Naya lo siguió. Tocó una regleta, un punzón. Con dedos hábiles, colocó un papel y comenzó a escribir.

Cuando terminó, Louis dobló el papel con cuidado y se lo tendió.

Naya lo tomó. Se quedó sin palabras. En sus manos había papel. Braille real. Nunca había tocado algo así. Entonces, sin querer, los dedos de ambos se rozaron. Un contacto apenas perceptible. Humano. Cálido.

La puerta de la cabina se abrió bruscamente, arrasando el momento como una ola sobre un castillo de arena. La percepción de la proximidad de Louis, la humedad, los aromas, el crujido de la madera... todo se desvaneció.

—¡Ah, por fin! —dijo una voz apurada—. Lamento mucho la demora. Hubo una falla técnica en el módulo sensorial. La reconstrucción no se ejecutó correctamente. Tiene derecho a otro turno gratuito, por supuesto.

Naya parpadeó, aunque no veía. El intenso entorno del siglo XIX había sido reemplazado por el zumbido limpio del presente. Las voces del equipo, los pasos sobre el suelo perfectamente nivelado, el aire filtrado de la sala de simulación... todo la abrumaba.

No dijo nada. Solo asintió. Tomó su bastón de haz de luz y salió de la cabina con andar sereno. Parecía la misma que había llegado esa mañana, pero no lo era. En su otra mano, apretado contra el pecho, llevaba un pequeño trozo de papel. El borde era irregular, la textura áspera. No había papel en su tiempo. No de ese tipo.

Ya fuera de la cabina, con las manos temblorosas, lo deslizó entre los dedos. Tocó los puntos en relieve, uno por uno. Leyó:

“Merci, Naya.”

Milagros y su aprendizaje del sistema braille

Angela Giovana Marín Rivera

Lima, Perú

Presentación: Angela Giovana Marín Rivera es licenciada en traducción e interpretación de idiomas y reside en Lima, Perú. Actualmente trabaja como operadora de la central telefónica en la Superintendencia del Mercado de Valores. Desde temprana edad ha mantenido un interés por la escritura y la lectura, participando en espacios literarios y publicando textos en medios como la revista "Esperanza en Letras".

Su participación en este concurso responde a su interés por seguir desarrollando su creatividad y por contribuir a la promoción del braille como un medio fundamental de comunicación para las personas con discapacidad visual.

Cuento:

Era una cálida tarde del mes de marzo; eran los últimos días de las vacaciones de verano y comenzaba una nueva etapa en mí vida. En una semana, iba a comenzar el año escolar. Yo iba a estudiar el primer grado y estaba muy contenta de volver a la escuela y conocer a mí nueva profesora y a mis nuevos amigos. La semana pasada fuimos con mi mamá y Carolina, mi hermana mayor, a comprar mí nuevo uniforme y mañana por la tarde iríamos a comprar los útiles escolares y nuestras mochilas. Entonces, tendríamos todo listo para comenzar las clases.

Llegó el día de ir de compras y yo estaba muy emocionada por tener todo el material listo para el próximo lunes. Cuando nos dirigíamos a la tienda, mí mamá estaba un poco preocupada y me dijo:

-Milagros, la lista de útiles que me han dado para ti es muy pequeña, solo tenemos que comprar hojas gruesas, folders y material para dibujo y pintura. Sin embargo, no entiendo, no te han pedido libros, cuadernos, lapiceros. En cambio, la lista de útiles de Carolina es muy completa. El lunes que vayamos a la escuela tengo que hablar con tu maestra porque creo que ha habido un error.

Carolina dijo: ¡qué extraña es esa escuela! Milagros, tienes que tener libros, cuadernos y lápices pues ya estás en primer grado y tienes que aprender a leer y escribir. Yo me puse muy triste pues ya quería tener todo listo antes de ir a la escuela, pero pensaba que las maestras me enseñarían cosas nuevas y le iban a dar una nueva lista de útiles a mí mamá.

Llegó el día esperado. Llegué a la escuela con mi mamá. Nos recibió la profesora Olga y ella le dijo a mí mamá que no se preocupara, que ella me iba a llevar al salón de clases. Mi mamá se despidió de mí y me dijo que preguntara sobre la lista de útiles para poder comprar los libros y cuadernos. Hasta más tarde hijita

me dijo y yo me quedé con la profesora Olga. Ella me llevó a mí salón de clases y me presentó a la profesora Raquel. -Milagros, me dijo, Raquel es tu nueva maestra y por favor pon mucha atención a todo lo que te diga.

Yo me sentía muy contenta. En el salón éramos 8 niños. Yo estaba sentada junto a Katy y a Pablo. Mi escuela se llamaba San Francisco de Asís y era una escuela para niños ciegos y de baja visión. La profesora Raquel nos dijo: -Niños, yo seré su profesora este año y estoy muy contenta de ser su maestra. Estudiaremos cosas nuevas y seré su amiga. Aprenderán algo muy importante. Se trata de aprender a leer y a escribir en sistema braille. Pongan mucha atención. El braille será algo muy importante para toda su vida. Yo tenía mucha curiosidad sobre de qué se trataba el sistema braille, pues antes no había escuchado ese nombre.

Pablo preguntó: -maestra, ¿qué es el braille? ¿se trata de escribir con puntitos? ¿es muy difícil?

La profesora Raquel muy calmada le dijo: -Sí, Pablito ahora les voy a contar la historia del sistema braille, escuchen con mucha atención.

El sistema braille es un método de lectura y escritura táctil utilizado por personas ciegas y de baja visión en todo el mundo. Esta historia comenzó hace 200 años en Francia, un país de Europa, bastante lejos de donde estamos nosotros. En ese país nació Louis Braille, quien creó nuestro sistema. Él fue alumno y profesor del Instituto de Jóvenes Ciegos de París. Cuando Louis era niño, ya existía un método para dibujar las letras en relieve, pero no era muy práctico. Luego de dedicar mucho tiempo y esfuerzo pudo crear un sistema basado en pequeños puntos en relieve.

Cuando Louis Braille era niño, vivía en un pequeño pueblo cerca de París con sus padres y hermanos. A los 3 años, tuvo un accidente en el taller de talabartería de su padre, lo que afectó sus ojos y luego de 2 años se quedó totalmente ciego. Su padre le enseñó a leer con el tacto, colocando tachuelas sobre una madera y formando las letras. Louis era muy inteligente y hábil. Cuando estaba estudiando en el instituto ya tenía algunas ideas para desarrollar un sistema y perfeccionarlo.

-Maestra, le dije, ¡qué historia tan interesante! ¿Y cómo vamos a aprender el braille?

La profesora Raquel respondió:

-Ahora les voy a enseñar la pauta, el punzón y las hojas de papel que vamos a utilizar. No se preocupen, cada uno de ustedes va a tener el material completo para que puedan practicar y hacer los ejercicios en su casa. También van a poder llevar algunos cuentos que están en la biblioteca.

- ¡Qué emoción! Dijo Pablo. Ya quiero aprender a escribir mí nombre.

-Primero deberán familiarizarse con la pauta y el punzón y haremos un poco de aprestamiento. Luego les enseñaré a escribir el abecedario y podremos escribir nuestros nombres en pequeños trozos de papel, dijo la maestra.

A medida que pasaron los días, comprendí que el sistema braille consiste en una combinación de seis puntos que nos permiten escribir letras, números, signos de puntuación, símbolos matemáticos y partituras musicales. Este sistema es la principal herramienta de comunicación para las personas ciegas y con baja visión en todo el mundo. Aprendimos muy rápido a colocar la hoja en la pauta y escribir el abecedario. Para escribir en braille en la pauta, lo hacemos de derecha a izquierda y para leer, retiramos la hoja de la pauta, le damos la vuelta y leemos de izquierda a derecha.

Poco a poco nuestra querida maestra nos enseñó a formar palabras, también escribimos nuestros nombres y la profesora Raquel nos ayudó a pegarlos en el mural del salón. Yo les iba contando a mis padres y a mí hermana Carolina sobre lo que iba aprendiendo y ellos me compraron muchas hojas de papel para que pueda hacer las tareas en casa. Carolina me pidió que le enseñara braille y me dijo que ella podía escribir algunos cuentos para mí. Esa idea me gustó mucho pues de esa manera tendría alguien que me pudiera dar material para leer. Con el paso de los meses, todos nos ejercitábamos en este nuevo sistema, y escribíamos y leíamos cada vez mejor.

El primer cuento que leí fue el de Caperucita Roja y el segundo fue el Zorro y el Cuy. Este cuento me gustó mucho pues es un cuento peruano y es lindo que podamos encontrar cuentos en braille de nuestra cultura. La profesora Raquel nos enseñaba con mucha paciencia y cariño. También aprendimos a escribir los números en braille y a usar el ábaco para sumar y restar. El ábaco es un dispositivo que consiste en un marco con varillas de alambre donde se deslizan cuentas para representar números y realizar operaciones matemáticas.

Luego de algunos meses, ya estábamos escribiendo oraciones y cuentos cortitos. Ya faltaba poco para terminar el primer semestre y la profesora Raquel nos dejó una tarea.

-Como ya están escribiendo oraciones bastante bien niños, dijo nuestra maestra, ahora cada uno va a escribir una carta breve a alguna persona que sea muy importante para ustedes. Esas cartas serán corregidas y las leerán en la actuación de la próxima semana. ¿Qué les parece?

Todos estuvimos muy entusiasmados con la tarea. Pablo dijo que le escribiría una carta a su abuelita. Emma le iba a escribir la suya al profesor de música, Katy le iba a redactar su carta a su hermanito recién nacido y yo me quedé en silencio unos minutos pues estaba pensando a qué persona escribir mí carta. Luego de unos minutos dije: Maestra, ya sé a quién le voy a escribir mí carta. Voy a escribirle a Louis Braille. Yo sé que él vivió en un país muy lejos del nuestro, pero

quiero agradecerle por haber creado nuestro sistema y gracias a él, nosotros podemos leer y escribir.

La semana siguiente todos pudimos terminar nuestras cartas. La maestra Raquel nos ayudó a completarlas y las pudimos leer en la actuación de la escuela. Todos nos felicitaron por el gran trabajo que realizamos y me di cuenta que al aprender a leer y escribir en braille he comenzado una aventura que me acompañará por toda mi vida.

Calor de sol

Aylin Urquídez Barnett

Guadalajara Jalisco, México

Presentación: Aylin Urquídez Barnett es originaria del estado de Sonora, México, y actualmente estudia Letras Hispánicas en la Universidad de Guadalajara. Perdió la vista a temprana edad, lo que no ha limitado su trayectoria educativa ni su interés por la lectura y la escritura, que practica tanto en braille como en formato digital. Apasionada por la literatura, especialmente la fantasía, busca desarrollar un estilo propio y proyectarse como escritora.

Participó en este concurso como un desafío personal y como un paso importante en su camino hacia la publicación de sus propias obras.

Cuento:

Unas manos frescas rozaron sus mejillas; Cris se acorruco más en la manta, decidido a ignorar a quien sea que había llegado.

—Vamos, Cris, sé que estás fingiendo. —murmuró una voz lejana, acompañada de más toques insistentes.

Finalmente abrió los ojos, encontrándose con unas rápidas señas de su madre, a no más de treinta centímetros de sus ojos: «Llegó una chica que quiere hablar contigo; vamos, hijo. No seas grosero, no la ignores».

Voces lejanas, siluetas borrosas, aromas, luz y movimiento. Cris lo veía todo apenas, sintiéndose nadie y centro de atención al mismo tiempo.

—Hola, Cris; soy Maya —dijeron los labios rosados de la que probablemente era su visita—. Escuché de ti, y quise hablar contigo; espero no te moleste.

No tenía ganas de siquiera socializar, por lo que volvió a cubrirse el rostro. Se dejó llevar por el sueño, ahora en serio, sintiendo un suave calor en su brazo izquierdo, proveniente de su ventana, justo antes de lograrlo.

A partir de entonces, Maya venía cada tarde; dejaba algo junto a la puerta (con el tiempo Cris descubrió que era un bastón), se quedaba un buen rato, exploraba la habitación, usaba su celular, y abría la ventana, dejando entrar el sol o alguna suave brisa. Cris solía ignorarla, pues sus sentimientos se encontraban flotando en algún tipo de limbo de vacío, ajenos al mundo.

Hasta que un día, por fin le dirigió palabra. Quizás aquella vez el sol era más fuerte de lo normal, o puede que se acumulase tanta curiosidad en su interior, llegando a ser la suficiente como para preguntarle:

—¿Por qué vienes?

—Para hablar contigo, pero tampoco te obligaré a ello. Puedo esperar a que quieras.

—Sí... —contestó Cris, con tono resignado—. ¿De qué sirve? Tú ciega, yo casi sordo, que gracioso. En especial que pronto quedaré ciego... ya me dirás tú. —O, pero sabes leer los labios y hablas muy bien —dijo Maya, sonriendo ligeramente—. Y sobre lo otro... no hay problema, tienes tu línea braille. Te enseño a usarla y...

—Yo no sé braille —interrumpe—. Y tampoco me interesa aprender; ahórratelo.

—¿Por qué no?

—Pues... ¿de qué sirve? Sí, no me digas, para leer, y en mi caso, comunicarme; al menos con personas como tú. Pero... y luego qué. Esto no será vida. Vivir sin la vista ni el oído va a ser...

—Te demostraré lo contrario —responde Maya, con una esperanza demasiado infantil, en opinión de Cris.

—Ya que estamos, ¿por qué siempre abres la ventana?

—Es para que sientas el calor del sol —explicó, acercándose un poco.

—¿Y yo para qué voy a querer sentir eso? —le espetó—. O, claro... te burlas de que dentro de poco ya no lo veré, ¿verdad?

—No, Cris, no, obviamente yo no...

—Pues gracias por intentarme hacer ver la luz por última vez, o lo que sea, pero no tengo ganas de... bueno, de nada. —Se recuesta, queriendo dejar la conversación.

—Esa no era mi intención, Cris. Solo quiero ayudarte. —contestó la chica, buscando su mano para tranquilizarlo—.

—¡Pues que gran ayuda me das, burlándote de mí con tu estúpido sol! —Alejó a

Maya con un almohadazo, mientras su voz se quebraba—. ¡Odio a mis ojos, y a ti y a todos!

Esa no fue la única vez que el chico la trató mal. Cris probó alejarla, ignorarla, o ser lo más impertinente posible. No obstante, al siguiente día y a la misma hora, allí estaba Maya, acompañada de su bastón, un celular, algún libro y su característico perfume de manzana.

—Explícame por qué quieres que sienta el sol —le pidió en uno de esos cortos momentos de remordimiento que a veces sentía por tratarla tan mal.

—Yo... tengo hiperacusia—. Antes de que Cris cuestionase qué tenía que ver, continuó—: es... sensibilidad extrema en los oídos. me causan dolores horribles de cabeza sonidos que otros suelen hasta ignorar; normalmente suelo andar con tapones u audífonos, entonces... digamos que comprendo algo de no escuchar ni ver. Además, me gusta mucho el silencio. los ciegos suelen depender bastante de los oídos, y el resto de las personas de su vista. nadie aprecia el verdadero sentido importante, el tacto.

—¿Se puede saber qué tiene de importante eso? —pregunta Cris, incrédulo.

—Todo —responde la chica, con otra de sus curiosas sonrisas—. mira:

Desde mi punto de vista, lo primero que fue creado fue el sentir. No los humanos, no la inteligencia, no la música ni el planeta Tierra.

El viento siente las hojas, muros, y todo al pasar; el fuego al oxígeno, y lo busca para crecer; la tierra a las plantas, y así les otorga nutrientes. Y el agua, siente espacios libres por donde puede fluir y ser libre; por eso es tan escurridiza.

Hasta el alma: Cuando queremos a alguien le damos abrazos, un beso, tomamos su mano o acariciamos su cabello. Todo eso sigue incluyendo el tacto. Ya sea externo o emocional, se siente.

Me gusta imaginar que debido a todo lo que te he dicho, el braille es la lengua del universo.

Y antes de que dudes de mí, si quieres te lo demuestro. Eso sí, tendremos que salir, por lo que... no sé si quieras arreglarte un poco primero. ¡Te espero afuera!

Cris creyó imaginarla sonreír, aunque sus ojos no captaron el gesto.

—Estoy... pe... perdiendo la... —Mas Maya salió del cuarto, antes de escuchar lo que su amigo murmuraba.

—Hasta mañana —despidió la madre de Cris a Maya, al verla en el pasillo con su bastón en mano—. ¿Quieres llevarte algunas galletas?

—O, no señora, aún no me voy del todo. Estoy esperando a Cris, vamos a salir un rato.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿E... en serio? ¿Estás segura de...?

Y para sorpresa de la señora, su hijo atravesó aquella puerta que hace semanas no se abría.

Maya tomó una de las manos de Cris, la posicionó en su hombro, y se dirigieron a la calle.

Casa por casa, la chica tocaba la puerta, y preguntaba al residente: «Dime la cosa física, y la emocional que más te guste».

El popular deportista respondió «Yo, y mi ego». Un niño en bicicleta dijo que la velocidad, y tener el control de algunas situaciones. Un hombre en una casa habló del fútbol, la lluvia, el olor a pasteles, y en lo emocional la sensación de ganar, cumplir, lograr algo. La hermana de Maya respondió «la lluvia, y ser cursi».

Así continuaron, entrevistando vecino por vecino, recibiendo docenas de miradas curiosas.

—¡Viste? Dime una sola de esas cosas que no se pueda sentir. ¿Eh? ¡Yo tenía razón! presumió Maya riendo, al finalizar la calle.

Pero Cris ya no escuchó aquella risa, ni siquiera a la lejanía, como antes. Tampoco percibió la silueta de su amiga que giraba feliz, y notó su movimiento, solo porque el conocido perfume de manzana se alejaba.

¿Y tú, hablarías con la lengua del universo?

Dos pasos

Cuento ganador del tercer lugar

Carlos Marcelo Aguilar

Buenos Aires, Argentina

Presentación: Carlos Marcelo Aguilar se desempeña como tallerista en la Unidad Penitenciaria de Mercedes, donde coordina espacios de enseñanza inclusiva para personas privadas de libertad, acercando el sistema braille a quienes no han tenido acceso a él. Su trabajo se enfoca en la enseñanza, adaptación de herramientas de lectura y escritura, y en la promoción de la inclusión desde la educación.

Participa en concursos literarios priorizando la calidad de sus textos por encima de su condición, y algunos de sus cuentos han sido publicados en antologías, lo que impulsa su desarrollo como escritor.

Cuento:

Miraba por la pequeña ventana, con todo el frente de la calle a su disposición. Por la derecha apareció el ciego, caminando lentamente mientras tocaba la pared con su bastón. Sabía que contaba 85 pasos antes de detenerse; luego giraría a la izquierda, buscaría el cordón, escucharía los sonidos de la calle y cruzaría. Pero esa vez se equivocó: dio dos pasos más. Intrigado, observó con detenimiento la vereda, tratando de entender por qué el hombre ciego había hecho esos dos pasos de más. No encontró ninguna explicación. Seguramente, el hombre había tocado algo diferente que lo hizo reajustarse. Cuando el ciego subió a la vereda de su edificio, lo perdió de vista.

Detrás de él, sonó la sirena llamándolos al desayuno. Tiró la manzana que había estado mordisqueando y caminó hacia el comedor.

Más tarde, en la hora del descanso, decidió ir al salón principal para jugar a las cartas. Al pasar por el pizarrón de anuncios, algo llamó su atención: un cartel que decía "Aprender Braille, dictado por Carlos, ciego." Lo reconoció de inmediato. Era el mismo ciego que había visto entrar a la cárcel. Miró hacia la oficina cercana y decidió buscarlo. Quería preguntarle por qué había dado esos dos pasos de más. Aunque parecía una tontería, la duda lo carcomía desde hacía días.

Había visto a ese hombre ciego entrar a la cárcel hacía dos meses, pero nunca se había preguntado para qué venía. Suponía que visitaba a alguien, pero ahora entendía que daba clases de Braille, esa escritura diseñada para personas ciegas.

En la cárcel, nada era sencillo. Para hablar con alguien, primero debía ir a la oficina de recursos y pedir audiencia. Tenía que dar un motivo, pero cuando explicó que quería hablar con el ciego, la secretaria lo detuvo:

—No puedes hablar con las personas simplemente porque sí. Si quieres, puedes anotarte en el curso de Braille.

Negó con la cabeza y se fue. Sin embargo, tres días después, volvió a pasar lo mismo. Vio al ciego caminar, dar dos pasos de más y cruzar la calle. Ese detalle no lo dejaba dormir. A él, que siempre dormía como un tronco, que controlaba su celda, que decidía lo que se comía y lo que no, que tenía a los demás detenidos bajo su control, esa duda aparentemente insignificante lo estaba desgastando.

Una semana después, estaba parado frente a la puerta de la oficina, dudando si golpear. Finalmente lo hizo. Un celador lo atendió y, con algo de nerviosismo, dijo:

—Vengo por el curso de Braille.

Mentía. Su verdadero objetivo era simple: preguntarle al ciego por qué daba esos dos pasos de más y luego inventar una excusa para dejar el curso. No iba a perder las dos horas que destinaba a jugar al truco por algo tan trivial.

Cuando entró al aula, Carlos lo saludó y se presentó. Era un hombre ciego de unos 60 años, que irradiaba tranquilidad. Frente a él había tres detenidos más, algunos usando pizarras y otros máquinas para escribir en Braille. Nunca había entendido cómo alguien podía manejar puntuaciones tan diminutas.

Carlos le entregó una tabla, un punzón y un papel, y comenzó a explicarle los fundamentos del Braille. Mientras tanto, él intentaba pensar qué excusa usar. Tal vez podría decir que tenía un amigo ciego y quería escribirle una carta. No quería quedar en ridículo por algo tan insignificante como esos dos pasos.

Sin darse cuenta, clavó el punzón, luego otro, escribió una línea y después otra. De repente, sintió una mano en el hombro.

—La clase ha terminado —dijo Carlos con una sonrisa.

Se sorprendió. Hacía mucho tiempo que no se concentraba tanto en una sola actividad. No logró hablar con el ciego. Al despedirse, Carlos le tendió la mano, y él, sin saber qué más hacer, se la estrechó antes de verlo marcharse.

Carlos venía dos veces por semana a enseñar Braille. Las clases pasaban volando. Poco a poco, mejoró en el manejo del punzón y aprendió a escribir, aunque leer seguía siendo un desafío. Carlos era un apasionado, y cada vez que veía progreso en sus alumnos, exclamaba con entusiasmo:

—¡Podemos lograrlo! ¡Haremos poemas, cuentos y libros para las escuelas!

Había pasado un mes. Todavía no había podido preguntarle sobre esos dos pasos de más, pero esa cuestión ya casi no importaba. Durante esas dos horas

semanales, inmerso en la escritura en Braille, su realidad se transformaba. Había creado cuatro poemas, aunque solo dos le gustaban. Sin embargo, escribir le ofrecía un escape de la dura realidad de su vida en la cárcel. ---

El día de la exposición

El 28 de diciembre se exponían los trabajos de los diferentes talleres. Los salones estaban atestados de familiares, muchos de los cuales no podían visitar a sus detenidos con frecuencia. Él estaba nervioso. Desde niño había pasado por distintos reformatorios. Su familia se reducía a su madre, que nunca fallaba, su amigo Luis y Marta, quien llevaba consigo a su hija de 13 años. Marta nunca quiso que la niña entrara en ese lugar, pero esta vez, su hija insistió en venir.

Cuando Carlos los presentó como parte fundamental del taller de Braille, sintió algo diferente: pertenecía a esa pequeña comunidad, como solía llamarla Carlos.

El ciego lo llamó al escenario. Siempre había sido tímido, pero ahora estaba en el ruedo, no podía negarse.

—Queremos que entregues el libro escrito en Braille.

Aceptó sin mucha convicción. Mientras caminaba, vio a su pequeña hija acercándose con otra niña de su edad, que era ciega.

—¡Papá, te presento a Lorena! Ella es mi compañera de clases... En la escuela estamos muy orgullosos de vos.

Intentó contener las lágrimas, pero no pudo. Su hija, su pequeña niña, estaba orgullosa de él. Se arrodilló y abrazó a las dos niñas, sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, todo tenía sentido.

Punto más punto

Carlos Eduardo Pontaza Gallo

Guatemala, Guatemala

Presentación: Carlos Eduardo Pontaza Gallo adquirió la discapacidad visual a los 10 años y actualmente trabaja en la Unidad de Producción Bibliográfica del Benemérito Comité Pro Ciegos y Sordos de Guatemala, donde se dedica a la adaptación de obras a formatos accesibles. Desde pequeño ha mantenido un vínculo cercano con la lectura en braille y la narración de historias, lo que ha influido en su interés por la escritura. Ha promovido certámenes literarios en su país y ha participado con textos de su autoría.

Su motivación para participar en este concurso surge del interés por contribuir a la difusión del braille y reconocer su impacto en la inclusión social.

Cuento:

En un país que puede ser el tuyo, se desarrolla la siguiente historia.

Era un año no tan lejano, en una región rural vivía una familia numerosa y bien unida.

Don Miguel era el papá de Pablito, un niño muy curioso y que le gustaba aprender de todo.

Pablito asistía a la escuela de su comunidad, todas las mañanas se levantaba muy temprano y caminaba por una gran senda llena de muchos árboles para poder llegar.

Desde hacía varias semanas, una idea le robaba las energías pensando cómo ayudar a un nuevo estudiante que había llegado a la escuelita.

Era un niño muy tranquilo que le pareció algo extraño, le costaba desplazarse y siempre lo llevaba un hermanito a la escuela y en el aula sólo escuchaba las clases, pero no escribía.

Cierta mañana Pablito preguntó a la maestra sobre Luisito que era el nombre del niño.

Seño Milvia ¿por qué a Luisito le cuesta caminar y sólo escucha las clases y no escribe?

Milvia como ya había notado el interés de Pablito, le comentó que Luisito era una persona con discapacidad visual, había quedado ciego por un accidente y que ahora estaba incluido en la escuela.

Ese mismo día, a la hora de recreo Pablito se acercó a Luisito y le dijo: -yo soy Pablito y si querés podemos salir a dar una vuelta por el patio para que no te quedés ahí sentado.

Al principio Luisito se mostró algo reacio, Pablito insistió; entonces Luisito se levantó y así empezó una gran amistad.

Desde ese día por el gran patio de la escuela, se ve caminar a los dos amigos con mucha alegría.

Pablito deseaba enseñarle a Luisito la escritura, sin embargo, no se le ocurría cómo hacerlo.

Los días seguían transcurriendo y a Luisito le leían cuentos, historias y los textos escolares para que se familiarizara con los contenidos de su grado.

Una mañana Milvia La profesora, les dijo: que saldrían al día siguiente a visitar una biblioteca ubicada a algunos kilómetros de su comunidad.

Una biblioteca pensó Pablito... En la biblioteca hay muchos libros y ahí podré encontrar la forma de cómo enseñarle a escribir y leer.

El tan esperado día, iniciaba con los trinos de muchas aves que vivían por aquel sendero, anunciaban una mañana muy bonita; Pablito se levantó y percibía que ese día encontraría una respuesta a su deseo de enseñarle a Luisito.

Con las recomendaciones de su mamá, que se portara bien y que estuviera muy atento llegó a la escuela, donde ya el bullicio de los demás escolanos se escuchaba por todo el recinto...

La voz de Milvia se dejó oír: -niños súbanse al bus que nos vamos...

Pablito estaba inquieto porque no veía a su amigo, le preguntó a Milvia: ¿dónde está Luisito? -Milvia le respondió: ese día no podría ir porque se había indispuerto.

El automotor se desplazó raudo, al cabo de hora y media llegaron a la ciudad, en una gran plaza se ubicaba un edificio con una fachada blanca y con grandes vitrales.

Habían llegado a la biblioteca, conocida como: "La Biblioteca Luis Braille"; descendieron y se desplazaron por una gran escalinata ingresando a aquel recinto, una voz sonora les decía bienvenidos a la biblioteca.

Dentro del edificio, recorrieron las diferentes salas de lectura y consulta, muchos anaqueles ofrecían un gran número de libros de todos tamaños y colores con variados diseños.

Pablito con la mirada recorría todo el recinto, se detuvo a ojear un gran libro que en la portada con grandes letras decía: “El Sistema Braille un método de lecto escritura para Personas Ciegas”.

Lentamente se acercó y tomó el libro, empezó a pasar las páginas que le transmitían la información sobre cómo funcionaba el sistema, lo que facilitaba la educación de las personas ciegas que lo aprendían.

En las páginas de aquel libro fue leyendo los datos biográficos de su inventor, reflexionaba que el nombre era similar al de su amigo; además había quedado ciego por un accidente y deseaba aprender las letras y sobre todo educarse como cualquier niño de su edad.

A medida que pasaba las páginas, iba conociendo que el sistema tenía una base de seis puntos, dispuestos en un cajetín se enumeraban: 1, 2 y 3 en el lado izquierdo y 4, 5 y 6 en el lado derecho.

Aprendió que se podían obtener 64 combinaciones, incluían el alfabeto, signos de puntuación, matemáticos y musicales.

Pablito permanecía exhorto en su lectura, no se dio cuenta, un joven se sentó y con una voz afable le decía: -Buenos días cómo te llamas? Y ¿qué libro estás leyendo?

De inmediato bajó el libro y frente a él estaba Rafael, el encargado de aquella sección de la biblioteca.

Rafael se presentó al igual que Pablito.

Pablito le dijo: “Fíjese que este libro me está siendo muy útil.

¿Cuál es? reiteró la interrogante Rafael.

Pablito pensó si él es el encargado, entonces por qué me pregunta.

En esas cavilaciones estaba cuando Rafael, le comentó te pregunto porque soy una persona con discapacidad visual y con gusto te puedo asesorar sobre los diferentes libros que integran nuestro catálogo.

Gracias Rafael le puedo llamar así.

Sí.

Pablito le indicó el libro que consultaba era sobre el Sistema Braille, porque en su escuela había un amigo con discapacidad visual, él deseaba leer y aprender de los libros.

¿Tu escuela en donde se ubica?

La escuela está a una hora y media de acá.

Rafael se quedó pensando y le dijo: Te interesa aprender el sistema Braille.

La respuesta positiva de Pablito no se hizo esperar.

Rafael le indicó, el siguiente miércoles les visitaría y llevaría los materiales para enseñar el Braille, tanto a Luisito como a él.

Sacó su regleta y punzón, anotando la dirección de la escuela y las referencias para llegar al lugar.

Unos pasos presurosos se escucharon por el gran salón... Era Milvia quien buscaba a Pablito porque debían de retornar.

Alegremente Pablito le decía a la seño: ¡Seño, Seño ya le vamos a enseñar a leer a Luisito!

Pablito, le presentó a Rafael comentándole que el siguiente miércoles les visitaría en la escuela.

Milvia agradeció la información y con el acuerdo de la visita se retiraron.

Las horas se sumaron, el miércoles tal y como había indicado Rafael, se trasladó a la escuela.

A eso de las 8 de la mañana, un vehículo azul con el logo de la biblioteca Braille, se detuvo ante el portón del centro educativo.

Rafael descendió del vehículo con el apoyo de su asistente y se dirigieron a la dirección.

Ante la directora que era la seño Milvia y luego de los saludos respectivos expusieron los motivos de su visita.

Milvia los condujo al salón de Pablito y les presentó a los estudiantes.

Pablito, se levantó de su escritorio, muy alegre le dijo a Rafael: ¡Qué bueno vamos a aprender el sistema Braille! Él es Luisito.

Se saludaron muy amablemente, Rafael dijo: bueno vamos a trabajar.

Sobre la mesa colocó la regleta Braille, el punzón, varias hojas en blanco y una especie de cajetín, en donde se podían separar los 6 puntos en alto relieve, los

cuales mediante un imán colocado en la parte posterior de cada punto se adheriría al cajetín.

Ese día aprendieron la posición de los 6 puntos, así como las primeras 10 letras del alfabeto. Rafael les iba indicando por ejemplo la letra a tiene los punto (1), la b (1,2) la c (1.4) y así hasta llegar a la jota....

A partir de ese día, Rafael se acercaba a la escuela para enseñar el Braille, Luisito ávido del conocimiento al igual que Pablito lo aprendió muy rápido.

Luisito con el apoyo de Rafael, Pablito y Milvia aprendió a leer y escribir en Braille y así se incluyó en la escuela.

Los años han transcurrido, Luisito ya mayor luego de haber culminado sus estudios universitarios ahora dirige una organización a nivel de Latinoamérica que promueve la defensa de los derechos de las personas con discapacidad visual.

Por su parte Pablito, se graduó de la universidad y fundó una editorial con el nombre de: "Braille y Punto", la cual se dedica a la producción de libros en formatos accesibles entre estos libros Braille para que más personas con discapacidad visual se incluyan a la sociedad.

Um Programa Diferente no Supermercado

Cristian Evandro Sehnem e Juliana Dornelles de Souza

Santa Cruz do Sul, Brasil

Presentación: Cristian Evandro Sehnem y Juliana Dornelles de Souza comparten un interés común por la educación, la inclusión y la escritura. Cristian es técnico en educación en la Universidad Federal de Santa Maria, con formación en pedagogía y políticas públicas, y ha dedicado su trayectoria a la promoción de la accesibilidad, la tecnología asistida y el diseño universal, a partir de su experiencia con la discapacidad visual. Juliana es licenciada en geografía y cuenta con formación en educación continua y ambiental, con experiencia en educación inclusiva. Su vínculo con la discapacidad visual se ha fortalecido a través de su relación con Cristian, lo que ha influido en su desarrollo académico y profesional.

Ambos participan activamente en grupos de lectura, donde han cultivado su interés por la escritura conjunta, combinando miradas complementarias que enriquecen sus textos.

Cuento:

Domingo é dia de compras no supermercado. Porque reabastecer a casa, sem pressa nem tumulto, é essencial para levar qualidade e bom preço. Ainda mais para quem trabalha de dia e estuda à noite e precisa se concentrar um pouco mais para escolher os melhores produtos.

Dessa vez resolvi ir no supermercado aqui mesmo do bairro. Não é dos maiores mas tem um ótimo atendimento, boa variedade e capricho, além de preços bons. E a economia já começa na dispensa do táxi.

Fiz a listinha da semana, em braile para ser mais prático, conferindo aqui e ali o que faltava, dei aquela ajeitada no visual, peguei a mochila e a bengala branca e fui a pé mesmo.

Uma moto no meio da calçada aqui, um saco cheio de lixo ali, uma carga de brita acolá, e em quinze minutos cheguei ao meu destino, sem perder o bom humor. Ruas e calçadas de bairro são menos movimentadas mas aparece de tudo pela frente.

Mal passei na porta quando uma das funcionárias já falou:

— Oi, com licença, posso te ajudar?

Esse é outro diferencial desse supermercado: eles têm funcionários que acompanham os clientes com deficiência que vêm sozinhos. E como sou cliente deles há bastante tempo eu já esperava essa abordagem:

— Oi, sim, pode me ajudar sim! Obrigado!

Ela avisou que buscaria um carrinho de compras e, quando retornou, pedi licença para por a mão no seu ombro esquerdo, e partimos.

Pela altura e voz notei que era uma funcionária nova. Só que aquela voz me parecia familiar, mas eu não conseguia lembrar de onde. Perguntei seu nome:

— Meu nome é Anita, prazer!

Tive um sobressalto, quase estaquei. A voz era igual a da cantora Anitta e pelo ombro notei que ela era baixa e magra também. Será que estou ao vivo em alguma televisão, num daqueles programas de domingo que reúne toda a família? Mas não comentei nada, apenas disse o meu nome e que o prazer era todo meu!

Até cerca de um ano atrás era sempre a mesma funcionária que me atendia. Só quando ela estava de folga ou já atendendo alguém com deficiência é que chamavam outra para mim. Mas de repente a gerência estabeleceu um rodízio semanal no serviço: deve ser, pensei, porque é desgastante e exige muita paciência!

Porém, um dos funcionários novos me contou que essa experiência aumentou o desenvolvimento profissional e pessoal deles, por isso todos e todas que quisessem agora podiam participar. E eu achei muito legal e inteligente, refletindo ao mesmo tempo no quê exatamente eu contribuía: deve ser na noção de espaço ao me guiarem, na habilidade de leitura dos produtos, na espontaneidade para falar, porque eu quero tatear tudo e pergunto tudo de cada produto: preço, marca, peso, data de validade, ingredientes e mesmo a aparência e o local onde está na prateleira.

A Anita já havia sido instruída pelas colegas mas notei que seu ombro ainda estava tenso. Devia ser a primeira vez que ela guiava uma pessoa cega. Só que ao pegar a lista em braille do bolso, notei logo o interesse dela, e expliquei brevemente a lógica do sistema. Daí ela ficou mais solta e falante e até tentou diferenciar os pontos em relevo com os olhos fechados. E eu, talvez com um complexo de fama exagerado, ou de perseguição mesmo, ficava só imaginando como é que o câmara da televisão faria para pegar um bom ângulo dessa cena imperdível, dali onde estávamos, entre duas prateleiras altas!

Quando iniciamos as compras, a Anita automaticamente procurou pelo braille nas embalagens. Eu nem precisei falar, foi natural. Suas colegas já haviam lhe mostrado em alguns produtos mas notei que ao me conhecer é que ela realmente entendeu a importância dos pontinhos táteis.

— Aliás, Anita, não importa se o produto for de uma marca diferente da que eu pedir, pois pra mim a acessibilidade é o mais importante, ok? Infelizmente, ainda são pouquíssimos os produtos com braille, e é raro aparecer algo novo. Somente

alguns congelados, como pizzas, lasanhas e escondidinhos, também um ou outro cereal em caixa, como aveia, café em pó e poucos mais.

— Anita, imagina a alegria que eu fiquei quando conheci essas pizzas em braille!

— É mesmo?

— Claro, porque daí, quando eu chegava em casa de noite, com uma baita vontade de comer um certo sabor, portuguesa por exemplo, eu podia saber qual era a portuguesa antes de colocá-la no forno!

— Como assim? Acho que não entendi...

— Anita, vamos fazer um teste, aqui! Fecha os olhos de novo, bem fechados, ok?

— OK, estou com os olhos fechados!

— Agora me diz: qual é o sabor dessa pizza aqui? Pode cheirar, apertar, sacudir, o que você quiser fazer para descobrir!

E então a Anita aprendeu que uma pizza, congelada e embalada, não se diferencia pelo cheiro, textura, peso ou qualquer outra característica não visual. Felizmente, Anita, essas pizzas aqui têm braille! Mas pensa agora nos vidros de legumes em conserva, nos vários sabores de pipoca para microondas, nas latas e pets dos refrigerantes, nas caixas de leites e sucos, de leite condensado e creme de leite, e tantos mais, que não têm braille?

Quando estávamos quase terminando, um senhor idoso se aproximou, meio sem jeito, falando baixinho:

— Oi, mocinha, com licença, você poderia olhar essa validade aqui pra mim, por favor? Preciso trocar meus óculos, estão fracos, mas sabe como é... A Anita me pediu licença e, além daquele produto, acabou ajudando o cliente idoso em mais alguns também. Ao voltar, me pediu mil desculpas mas eu não deixei, pois ela estava totalmente correta. Isso já havia acontecido outras vezes, com outros funcionários que me atendiam. Alguns clientes idosos têm vergonha de pedir o apoio logo na entrada mas depois, em dificuldade, se veem obrigados.

Porém, se todas as informações nas embalagens já tivessem, além do braille, também letras ampliadas e bom contraste de cores, aquele problema de “óculos fraco” seria resolvido com acessibilidade. Principalmente para conferir, com o passar dos dias, a validade e demais informações importantes, em casa.

Enfim, terminamos toda a lista de compras, e fomos ao caixa. Dado o valor total, inseri o cartão na maquininha e digitei a senha, me orientando pelo ponto em

relevo na tecla cinco. Parte das compras foi na mochila, posta às costas, e o resto em duas sacolas, carregadas na mão direita para a bengala ficar livre na esquerda.

Então me despedi e agradei à Anita, e enquanto voltava para casa achei que o nosso programa na televisão havia ficado muito bom!

Mais uns quinze minutos para voltar e, já na frente de casa, veio me recepcionar o Batman, meu cachorro de estimação, todo faceiro: — Ah não Batman, esqueci da tua ração! Mas nessa semana vou pedir emprestado para a Vizinha, porque agora quero me atirar no sofá, e assistir televisão!

Gracias a los Seis Puntos Dejé la Ignorancia

Denise Felix Cajas

Lima, Perú

Presentación: Denise Felix Cajas descubrió su gusto por la escritura desde temprana edad, encontrando en ella una forma de expresión y de conexión con su entorno. Su principal motivación es aportar a la sociedad a través de sus historias, especialmente apoyando a mujeres a reconocer y desarrollar sus propias capacidades. Considera la escritura como una herramienta para visibilizar que las personas con discapacidad visual tienen las mismas oportunidades.

Participó en este concurso con el deseo de seguir aprendiendo, creciendo y compartiendo mensajes que promuevan la igualdad y la superación.

Cuento:

Esta historia no habita en la sombra, sino en la luz de la memoria. Mía nació en un pueblo remoto, de abundante exuberancia, escoltado por ríos e imponentes montañas. Allí habitaban muchos animales: carneros, gallinas, patos, cuyes... Los cuales doraban alegremente la vida. En aquel apartado, el hombre trabajaba arduamente la tierra y se dignificaba por sus frutos. Allí, en ese grato mundo verde, Mía habitaba en un cálido hogar rodeada de sus padres y sus cinco hermanos. Su madre era una humilde campesina que trabajaba en la chacra, y su padre, un carpintero que labraba la madera.

Como una tarde de lenta caída, acaeció que Mía fue perdiendo la vista; de manera gradual, las sombras fueron expandiéndose, hasta el punto de que cada vez le resultó más difícil distinguir las tonalidades de la luz. Sus padres, preocupados, decidieron traerla desde su pueblo natal, Huánuco, hasta Lima.

La madre que tenía un corazón hondo y sublime, a pesar de las múltiples penurias, agotó las calles de Lima en busca de un centro educativo. En su búsqueda, alguien le habló del Centro Educativo Luis Braille. Allí, Mía aprendió a leer y escribir gracias al sistema de los seis puntos. Ingresó a la primaria en dicho colegio, y desde edad muy temprana, forjó un pensamiento digno: "Algún día tengo que enseñar a niños invidentes como yo, porque en la sierra no hay educación para personas con discapacidad visual".

Y así fue. Con el paso del tiempo, y llegada la juventud temprana, su sueño se volvió realidad.

"Soy la mujer más feliz del mundo porque he venido a servir. Una discapacidad no te hace ni más ni menos. Es solo una condición", pensaba. Y ciertamente fue así, al dejar su tierra, se enfrentó a muchos retos en Lima, pero nunca imaginó que aquellos seis puntos le abrirían tantas puertas.

En algunas tardes, en una calle congestionada o en un cruce de caminos, Mía evocaba recuerdos de su niñez. Se dejaba acariciar por la estela de aquellos años, ennoblecida por recuerdos de pequeños trazos que coloreaban el cielo, aún sobrevivientes; su pecho bullía dulcemente al recordar aquel rito de vislumbrar el fulgor de las estrellas. Ella se entregaba así a los momentos felices de un tiempo cándido. “Siempre les pedía que me trajeran a Lima”, contaba. “Cuando llegué por primera vez, quedé asombrada por los automóviles, el ruido y la gente. No era como en mi ciudad natal, donde abundaban los ríos, árboles y montañas”.

“¿Pero te fue posible estudiar?”, preguntaba de pronto alguien. “Claro”, respondía Mía. “En mi pueblo podía jugar, pero no accedía a la educación. Cuando mi madre me llevó a Lima, pude estudiar y terminar la primaria en un colegio de enseñanza especial para personas invidentes”.

Desde niña, siempre se decía a sí misma: “¡Cuánto quisiera conocer al inventor del Braille!”. “Porque esos seis puntos me abrieron las puertas para enseñar a jóvenes con discapacidad visual. Nunca dejé de soñar, y con el tiempo, hoy concreté ese sueño”.

Las rememoraciones ascendían, naturalmente, hasta llegar a la etapa de su adolescencia. Y quizás hasta un punto cardinal en su vida. ¿En un verano del 98, tal vez? Cuando, en un viaje de bus, una señora le contó una historia sorprendente. Grande fue la impresión de Mía al saber que un adolescente invidente vivía encerrado, martirizado por su madre: encadenado, sin sentir la calidez del sol, relegado a solo recibir sus alimentos en la puerta. A Mía se le estrujó el corazón, sintió un pálpito presagiador: supo que tenía que ayudarlo.

“Su madre lo tenía encerrado. Rafael era vedado de asistir al colegio y vivía confinado en soledad”, contaba Mía. “Le enseñé Braille y a usar el bastón. Todo esto en secreto, tres veces por semana. Un día su madre nos descubrió y pensó que éramos enamorados, pero no era así”. La mujer trabajaba en un restaurante del mercado, y el padre de Rafael era dipsómano.

Una mañana, Rafaelito me dijo: “Hoy es el cumpleaños de una de mis hermanas”.

—¿Y a ti no te van a celebrar? - pregunté.

— No...Pero hay dulces y pasteles.

—“Está bien —le respondí—. Hoy tendremos nuestra clase como siempre”.

Con ayuda de su hermana abríamos la puerta. Comenzábamos con las lecciones: primero Braille, luego el bastón. Hasta que un día su madre me echó agua helada.

Me fui muy triste, y eché a llorar. Rafael me dijo:

—“¿Por qué no buscas lugares donde pueda estudiar?”

Sentí un nudo en la garganta.

Mía le recomendó ir al CERCIL. Ahí rehabilitaron a Rafael enseñándole cursos de “Sistema de Braille”, “Orientación y movilidad” y “Actividades de la vida diaria”. Su mejora fue sustantiva: llegó a inscribirse y estudiar en el colegio, luego transitó por la universidad. Y tan pronto como sucedió, con el pasar de los años, Rafael logró convertirse en un ingeniero de sistemas, mediante un programa llamado JAWS.

Un día, Mía se encontraba trabajando en la estación Atocongo, cantando y sonriente ante el arribo de personas. Cuando, de pronto, escuchó una voz jovial que le preguntó: “¿Te acuerdas de mí?”

— Algo, tu voz...

— “¡Claro que sí!”, respondió el otro -. Mía percibió que sus lágrimas empapaban su mano.

“Nos dimos un apretón de manos”, contó Mía. “Me subió a su carro y me llevó a un lugar muy bonito. Nos encontramos en tres ocasiones. La primera vez me puso tres piezas de pollo en la mano; la segunda me dio cien soles; y la tercera me llevó a un restaurante lujoso. Compartimos anécdotas, y me presentó a su novia, una psicóloga”.

— Gracias por ser mi primera maestra – agradecía Rafael-. Mi madre te ha buscado durante años para pedirte perdón por lo que pensaba. Ella creía que tú eras mi enamorada. Pero tú me enseñaste a salir de la ignorancia. Me dijiste que buscara becas, que aprendiera a usar el bastón. Me hablaste de ahorro, de estudiar, de trabajar en los carros... Vivimos momentos inolvidables. Después, por cosas de la vida, te perdí; pero siempre te llevé en el corazón. Gracias a tu paciencia y amor, hoy soy lo que soy”. Luego hizo una pausa y prosiguió: “A veces, los padres creen que tener un hijo con discapacidad es una vergüenza y los encierran, como me pasó a mí. Pero aún hay personas buenas que enseñan sin esperar nada a cambio, como tú lo hiciste conmigo”.

— Mi madre siempre preguntaba por ti - reanudaba Rafael -. “¿Qué habrá sido de aquella muchacha que venía a enseñarte y que traté tan mal, al punto de echarle agua helada?”. Aquella vez te fuiste llorando. Dijiste:” Espero algún día volver a verte, y que seas un profesional para demostrarle a tu madre lo equivocada que está”. Me hablaste de un lugar con educación. Con ayuda de un palo de escoba llegué hasta allí. No tenía nada, solo las ganas de salir adelante y tus consejos.

Mía apenas podía hablar de la emoción. Las palabras de Rafael eran sinceras y tan gravitantes, que la mantenían anonadada.

- Cuando llegué al CERCIL, mi madre se sorprendió. Pensaba que los invidentes eran una carga, un estorbo. Pero allí recibió apoyo psicológico, y yo pude realizarme. Terminé la secundaria, luego la universidad, y me convertí en uno de los

mejores alumnos. Saqué a mi madre del cerro, le compré un departamento, y la alejé del mercado. No permití más agresiones de mi padre. Ahora conozco mis derechos y mis deberes. Ya no dejo que nadie nos maltrate.

Con los años, Rafael se asentó como un gran profesional. Se casó con su compañera psicóloga y tuvo dos hijas hermosas.

Y si no hubiera conocido a Mía, ¿qué habría sido de Rafael?

Artiquín y su cerebro mágico

Deysi Yeraldine Bueno Atalaya

chiclaillo, Perú

Presentación: Deysi Yeraldine Bueno Atalaya perdió la visión a los 13 años y, desde entonces, ha construido su camino con esfuerzo, constancia y apoyo de su comunidad. Vive una realidad marcada por el trabajo cotidiano, el cuidado del hogar y la búsqueda de oportunidades para sostenerse, actualmente a través de masajes a domicilio, tras haberse formado en el área de rehabilitación en Tecnología Médica. Su relación con el braille se fortaleció con el tiempo, hasta convertirse en una herramienta importante en su vida y en sus estudios.

Participó en este concurso motivada por el deseo de demostrar que sí es posible avanzar cuando se cuenta con determinación y apoyo, y porque sueña con adquirir una laptop que le permita seguir creciendo.

Cuento:

En un lugar del Ártico, un bebé Ardilla alegremente juega por la pradera verde y ve que algo se posa en su nariz.

- ¡Hay, hay!, ¿mamá que es esto? -dice Artiquín.

-Tranquilo Artiquín- dice su mamá- eso es nieve y significa que muy pronto nos debemos ir a dormir.

- Pero... ¿porque ir a dormir?... ¡Yo quiero jugar un ratito más!

-Artiquín ya tendrás tiempo para jugar, ahora tenemos que hibernar.

- ¿hibernar?

-Eso es algo que luego te explico- dice mamá acariciando su cabecita y Artiquín con su familia de Ardilla del Ártico se acomodan en una mullida cama de pasto seco.

Pasado 7 meses, Artiquín se despierta y ve un gran resplandor.

- ¡Vamos Artiquín, arriba que ya la comida está lista ¡. - Lo llama suavemente la mamá.

-Un ratito más, dice Artiquín.

Pasado una hora; la ardillita da un salto y sale de la cama. Y se sienta a la mesa.

- ¡Te levantaste chiquitín! -dice la mamá.

-Sí, y con mucha hambre; es como si no hubiera comido por un año.

-Ya lo veo; y es lógico.

Comiendo apurado un rico desayuno, nota muchas cosas diferentes. Sale de su casita y se asombra por todo lo que ve. Todo está tan verde y hace calor.

Intrigado corre a preguntarle a su mamá.

- ¿Qué pasó?, ¿porque todo está muy diferente?, Me veo más grande y ya no hay nieve.

-Es porque pasaron 7 meses que estuvimos hibernando- explica su mamá- De las casi 300 especies de ardillas, nuestra familia las Ardillas del Ártico somos las únicas que tenemos el proceso de hibernación.

- ¿Qué es eso?, recuerdo que me dijiste que íbamos a dormir y que me explicarías después.

La mamá ardilla, aunque está muy atareada, se sienta y le explica.

-CUANDO un animal hiberna, su temperatura corporal disminuye. Hasta los $-2,9^{\circ}\text{C}$ A esta temperatura se suponía que nuestros cerebros se congelaran.

- ¡No puede ser! Entonces, ¿Cómo sobrevivimos?

- Cada dos o tres semanas, nuestra especie de ardillas, comienzan a temblar hasta que nuestro cuerpo alcanza una temperatura de $36,4^{\circ}\text{C}$ y la mantiene de doce a quince horas. Aunque es poco tiempo, esto es fundamental para la supervivencia de nuestros cerebros. Además, nuestra cabeza se mantiene un poco más caliente que el resto del cuerpo durante el período de hibernación.

Artiquín pregunta- ¡Es interesante!, yo no recuerdo nada.

-Es normal, porque solo se necesita nuestro cerebro y corazón para vivir. Después de este proceso cuando despertamos, nuestro cerebro vuelve a la normalidad en cuestión de dos horas, funcionando incluso mejor que después de la hibernación.

-Gracias por explicarme esto. Ahora entiendo porque hasta me veo más grande.

Sus hermanitos se acercan y salen a jugar por el bosque y recolectar bayas.

Al rato vuelve y le dice a su mamá. -¡Que afortunados somos! ... de todos los animales y otras ardillas, solo nosotros tenemos un cerebro mágico.

Los puntos que Cuentan Historias

Estefany Clarissa Acosta Ayala

Olancho, Honduras

Presentación: Estefany Clarissa Acosta Ayala es trabajadora social y ha fortalecido su interés por la inclusión a través del voluntariado que realiza en una escuela de educación especial. Desde la infancia ha encontrado en la literatura un espacio para expresar emociones y dar forma a la imaginación, siendo su hijo una fuente constante de inspiración. Esta obra marca su primera participación en un concurso literario y representa para ella una oportunidad de compartir su voz y dejar atrás el temor.

Su interés se conecta con la importancia de fomentar la lectura, visibilizar el braille y generar mayor conciencia sobre la discapacidad visual a través de la narrativa.

Cuento:

En un pequeño pueblo alejado del bullicio de las grandes ciudades, rodeado por la naturaleza, vivía una niña curiosa llamada Esther. Desde su nacimiento, la oscuridad invadió sus ojos, pero poseía el don de percibir el mundo de una forma única.

Vivía con su madre, quien trabajaba en el campo para llevar el alimento a casa. Cada mañana, Esther se despertaba con el canto de los pájaros y el crujir de las hojas. Para ella cada sonido era su brújula, cada aroma un mapa y cada textura, un relato.

Asistía a la escuela del pueblo, pero al no haber recursos de accesibilidad, no podía seguir las actividades como sus compañeros. Sin embargo, no se rendía. A veces, trazaba en la tierra con sus dedos lo que imaginaba; el arcoíris que le describían, el contorno del sol o las estrellas... veía con sus manos ese mundo que aún no conocía del todo.

La maestra Mary, notaba el entusiasmo de Esther y decidió buscar formas de ayudarla. Un día, durante el recreo le habló del Braille.

—Es un sistema de puntos que se lee con las yemas de los dedos, —dijo Mary. —Como si tus manos pudieran ver. —¿Eso es posible maestra? —preguntó Esther emocionada. —Tan posible como este hermoso día —respondió la maestra.

Desde entonces, Esther se sintió intrigada. Comenzó a preguntar más sobre el Braille, deseando descubrir ese misterio que podría transformar su vida. Mary conmovida, buscaba más información en la biblioteca del pueblo y encontró algunos libros que hablaban un poco sobre ese sistema asombroso.

Sin embargo, enfrentaban un gran desafío... no tenían materiales ni a alguien que les enseñara braille. Mary, también quería aprender para ayudar mejor a Esther y a otros niños.

Cuando el timbre anunció el final de la jornada, Mary se acercó a Esther, quien pasaba los dedos sobre las páginas de un libro. Sus gestos parecían gritar lo que sus labios no decían.

—¡Esther! Sé que estos días han sido difíciles. No tenemos materiales y yo tampoco sé Braille... pero quiero aprender, igual que tú. Así podré ayudarte mejor.

Esther sonrió tímidamente. —¿De verdad maestra? —De verdad. No estás sola en esto. —Gracias maestra. Quiero seguir aprendiendo; aunque a veces es difícil. —Lo sé, pero juntas lo lograremos. No te rindas, ¿sí? —No me voy a rendir. Si usted aprende conmigo, yo también me voy a esforzar.

En ese momento, la niña escuchó la voz de su madre llamándola. Al volver a casa, Esther le contó emocionada sobre el Braille y su deseo de leer y escribir por sí misma.

—Seguramente esos puntos que cuentan historias son maravillosos —dijo la niña.

—Y algún día, recorreré esas historias con mis manos.

Su madre, aunque de pocas palabras, la apoyaba con todo su corazón.

Mientras tanto, Mary recordó una organización en la ciudad más cercana dedicada a apoyar niñas y niños con discapacidad visual. Escribió una carta explicando el caso de Esther, solicitando ayuda.

Dos semanas después, recibió una respuesta. Una maestra especializada en Braille podría viajar al pueblo en pocos días. Mary emocionada, fué corriendo a casa de Esther.

—¡Esther! ¡Vas a tener una maestra que te enseñará Braille!

Esther al escuchar la alegría de su maestra, sintió que algo grandioso estaba por comenzar. —¿Eso quiere decir que pronto podré leer solita? —Sí, vamos a aprender juntas como dijimos, —respondió Mary.

Y así, esperaban con mucha ilusión la llegada de Olivia, la maestra que les enseñaría a tocar las palabras. Cuando por fin llegó, Olivia les contó que visitará el pueblo una vez al mes para apoyarlas. Sacó de su bolso dos objetos curiosos... una regleta y un punzón:

—Con esto se escribe en braille, —dijo sonriendo.

Explicó que la regleta tiene casillas con seis puntitos, como si fueran huevitos escondidos. Les mostró cómo colocarla sobre la hoja y continuó explicando que, con el punzón, se presionan algunos de esos puntos para formar letras. También llevaba hojas en blanco y otras con ejemplos para que Mary y Esther pudieran practicar en casa.

Cada día después de clases, Mary y Esther exploraban los puntos con la regleta y el punzón que Olivia había donado. Guiadas por grabaciones, con paciencia y dedicación fueron avanzando.

Su esfuerzo inspiró... Mary organizó una campaña y logró conseguir libros en Braille, juegos adaptados y una máquina Perkins donada por una fundación.

En la escuela, los compañeros y compañeras de Esther, la observaban con curiosidad mientras deslizaba los dedos sobre las páginas. A veces le pedían que les enseñara ese misterioso lenguaje de puntos. Esther con alegría, se convirtió en una pequeña embajadora del braille.

—El Braille no es solo para leer —decía ella. —Es para contar quiénes somos, para imaginar, para compartir.

Para muchos, esas páginas llenas de puntos eran solo marcas sin sentido. Para Esther estaban vivas; contaban cuentos, poemas, cartas, canciones. Y pronto quiso escribir sus obras.

Una tarde, compartió su primer cuento. Lo leyó en voz alta mientras sus compañeros cerraban los ojos para imaginar cada escena. En ese instante, todos entendieron que no hace falta ver las palabras para sentirlas.

Al caer la noche, bajo la luz de la luna, invisible pero presente, Esther supo con el corazón que estaba lista para escribir su propio destino.

Pasaron algunos meses y Esther ya leía con fluidez. Mary ahora también capacitada, había comenzado un pequeño taller donde otros niños y niñas con o sin discapacidad visual asistían con entusiasmo. El Braille se había convertido en un puente que unía a la comunidad, demostrando que la inclusión y el amor por la lectura pueden transformar vidas.

Un día, mientras el sol atravesaba las ventanas del aula, Mary le entregó a Esther una hoja de papel braille.

—Hoy tú vas a enseñar —le dijo con una sonrisa. —Eres la mejor guía que podríamos tener.

Esther respiró profundamente, pasó sus dedos por el papel con puntos y comenzó:

—Bienvenidos. Hoy vamos a leer la palabra “sueños”. Porque eso fue lo que me trajo hasta aquí y estoy convencida que con esfuerzo y dedicación podemos hacerlos realidad.

Esa mañana, Esther escribió una nota en braille que decía:

“Gracias por ayudarme a tocar las palabras. Ahora yo también quiero ayudar a otros a sentir las”.

La colocó en su mochila como si fuera un tesoro. Mientras lo hacía, su mente se llenó de gratitud por todas las personas que la estaban acompañando en su recorrido. Porque los puntos que cuentan historias también pueden abrir caminos y Esther con sus dedos como alas, ya había comenzado a volar.

Los Seis Puntos Misteriosos

Gina Margarita Álvarez Alvia

Neuquén, Argentina

Presentación: Gina Margarita Álvarez Alvia es profesora especialista en discapacidad visual y ha dedicado buena parte de su labor docente a la enseñanza del braille y la orientación y movilidad. A partir de la experiencia directa con sus estudiantes, comenzó a crear cuentos y materiales propios cuando no encontraba recursos adecuados para acompañar sus procesos de aprendizaje. Su trabajo se caracteriza por unir creatividad, pedagogía y afecto, generando experiencias de lectura y juego accesibles y significativas.

Participó en este concurso desde su compromiso con la educación inclusiva y con el deseo de seguir acercando el braille a niñas y niños de una manera sensible y cercana.

Cuento:

Había una vez, en un pueblito muy lejano existía una gran y hermosa casa donde siempre olía a pan recién horneado y sonaba una radio suave. Allí vivía una familia con su hijo Jordy, un niño muy curioso que veía el mundo de una forma distinta: sus ojos apenas podían notar la luz y las sombras, pero sus manos, oídos, nariz y lengua eran como superpoderes. Hacía poco que Jordy había empezado a usar un bastón blanco. Aún estaba aprendiendo: a veces chocaba con las patas de las sillas o de su gato o golpeaba sin querer la puerta, pero también sentía cómo el bastón lo ayudaba a encontrar su camino, como si fuera una extensión de él mismo.

Una tarde, mientras jugaba en su habitación, Jordy dejó su bastón colgado al lado de la cama y pasó la mano por su mesita de noche. Sintió algo distinto: un puntito redondo y levantado que apenas se movía, era pequeño como una semillita pegada al papel.

—¿Quién eres tú? —preguntó curioso.

El puntito respondió con voz suave, como el tintineo de una campanita:

—Soy Punto Uno, y necesito encontrar a mis 5 amigos. ¿Me ayudas?

Jordy sonrió, guardó al pequeño puntito en un bolsillo, buscó su bastón, lo sujetó bien con su mano y aceptó la misión.

Con el bastón marcando el camino: tap, tap, tap, Jordy salió hacia la cocina. Allí el aire estaba lleno del aroma dulce de sus galletitas preferidas recién horneadas. Escuchó el golpeteo de cucharas contra un bol y sonrió. Era su mamá que preparaba sus ricas galletitas.

Tocó la fría puerta de la heladera y, junto a un imán con forma de pizza, sintió otro puntito.

—Hola, soy Punto Dos. Me perdí, estoy buscando a mis amigos. Lo tomó con cuidado y lo guardó en su bolsillo.

Más Intrigado, Jordy siguió buscando. Caminó por el pasillo, contando pasos: uno, dos, tres... El “tic-tac” del reloj lo guiaba. Tocó la pared y encontró a Punto Tres, tibio como si hubiera estado al sol.

—¿Hola, me ayudas a buscar a mis amigos? Cuando estemos todos juntos, vas a descubrir algo mágico —dijo alegremente.

—Bueno, te pondré en mi bolsillo.

Con una mezcla de nervios y emoción, Jordy fue hacia el living. Movié el bastón despacito, sintiendo el eco suave de sus pasos sobre el piso de madera. Al tocar el respaldo del sillón, escuchó el suave crujido del cuero y sintió un puntito saltar bajo su dedo.

—Hola, soy Punto Cuatro, y formo parte de un código secreto. Pero he perdido a mis amigos. —explicó con voz grave y triste, como un pequeño tambor.

—Te llevaré conmigo para que busquemos a tus amigos.

Jordy lo guardó en su bolsillo, respiró hondo y se rascó la cabeza. El olor a madera y papel lo llevó hasta la biblioteca de mamá. Su bastón tocó suavemente la estantería. Pasó sus manos por los lomos de los libros: uno liso, otro rugoso, otro frío... hasta que encontró uno con la tapa áspera. Allí estaba muy agachadito el pequeño Punto Cinco.

—¿Hola, por favor me ayudas a encontrarme con mis amigos? Con nosotros podrás descubrir muchos cuentos y aventuras, aunque no uses tus ojos —susurró.

Jordy sintió un cosquilleo en la lengua, como si ya pudiera saborear esos cuentos.

Solo faltaba uno, dijeron los 5 puntos. Entonces, decidió regresar a su cuarto siguiendo el sonido de su propia respiración. Pensó en dónde podría buscar y encontrar al último puntito. Fue así como se agachó y extendió la mano bajo la cama. Entre el olor a polvo y la suavidad de unas pelusas, encontró a Punto Seis.

—Ahora que estamos todos —dijo Punto Seis con voz tranquila—, podemos mostrarte nuestro secreto.

Los seis puntos se acomodaron dentro de un pequeño rectángulo. Jordy pasó sus dedos por encima y sintió una forma especial que no había tocado nunca. Era como de escalera o de un caminito.

—Somos el cajetín braille —dijeron todos—. Una forma secreta para leer con la punta de los dedos, incluso los que no ven con los ojos, para que puedan leer y escribir con los dedos, con el corazón, la mente y los sentidos.

Jordy sintió que algo cambiaba dentro de él. En su mente aparecieron voces de personajes, aromas de bosques imaginarios, la frescura del mar y el calor de un fuego.

—¿Todo eso, solo con mis dedos? Se preguntó.

—Entonces... ¡síiiii, podré aprender a leer y a escribir! Qué alegría amiguitos, gracias —exclamó, abrazando a los seis puntos.

Desde ese día, cada vez que salía con su bastón blanco, Jordy sabía que estaba explorando un mundo lleno de palabras que serían visibles para él y listas para ser descubiertas con sus manos.

El pequeño Jordy comprendió que leer y escribir no siempre es cuestión de ver... a veces, también es cuestión de sentir.

¡Y colorín colorado este cuento ha terminado!

El Rectángulo Blanco

Gretha Hansen Jarquin

Ciudad de México, México

Presentación: Gretha Hansen Jarquin es una mujer mexicana con discapacidad y activista por la visibilización del bastón verde. Su gusto por la escritura la ha llevado a participar en este concurso como una forma de aportar desde la palabra a la reflexión sobre la discapacidad visual y la diversidad de experiencias dentro de esta comunidad.

Su participación reúne dos aspectos importantes de su trayectoria: el activismo y la escritura, ambos orientados a generar mayor reconocimiento, comprensión y presencia social.

Cuento:

Ahí, en ese espacio privado al que solo él tenía acceso, donde guardaba papeles importantes y objetos con un valor sentimental que solo él entendía, había un rectángulo blanco, enmicado, del tamaño de una tarjeta del metro. Su superficie estaba cubierta de pequeños relieves circulares, dispuestos con una precisión tal que despertaban curiosidad. Permanecía en un rincón, acumulando pelusas y polvo, esperando ser descubierto.

Mi vida seguía su rutina: despertar, trotar un poco, llevar a mi hija a la escuela, dirigirme al trabajo, recoger a mi niña de la primaria, platicar de su día y luego visitar a mis padres por la tarde y comer con ellos. Siempre era reconfortante escuchar la voz de mi papá saludándome al llegar.

Una de esas tardes, tras su saludo—esta vez débil y desganado—, susurró: "Me duele la cabeza". Pasaron unos días, el dolor no cedía y tuvimos que ir al doctor. Ese malestar se transformó en el dolor y la tristeza más grande que he experimentado en mi vida. Mi papá, Álvaro Hansen, partió de este mundo, dejando tras de sí recuerdos, enseñanzas y pequeños tesoros escondidos.

Cuando la maraña de tristeza comenzó a disiparse y mi mente se volvió menos nublada, mi mamá me pidió ayuda para revisar algunos documentos. Entre credenciales y papeles, mi mano tropezó con aquel rectángulo peculiar.

—Oye Má, ¿y esto? —pregunté, sosteniendo el rectángulo blanco con curiosidad.

Mi mamá lo miró fugazmente y respondió con voz serena:

—Tu papá lo trajo para ustedes... pero anda, apúrate con los papeles.

No supe qué significaba en ese momento, pero sentí que debía guardarlo. Lo coloqué en mi cartera, como quien guarda una llave sin conocer la puerta que abre.

Días después, en redes sociales, conocí a Andrés. Nuestro primer encuentro fue en un parque, donde trotar nos sirvió de excusa para conocernos y para aliviar, aunque fuera un poco, la tristeza que me embargaba. Al terminar, me preguntó: — ¿Qué vas a hacer ahora?

—No sé, respondí, igual y nos vamos juntos.

—Oye, ¿quieres conocer la sala para personas con discapacidad visual de la biblioteca? Mi papá trabaja ahí, te lo presento, me dijo Andrés.

Acepté sin pensarlo mucho. No quería llegar a casa y volver a sentirme triste, agobiada, sola, huérfana. No sabía que al aceptar esa pausa, estaba a punto de encontrar la otra mitad de la historia.

En la biblioteca, el papá de Andrés, un hombre ciego, nos recibió con calidez y me habló de la sala, de las herramientas que brindaban y de la importancia del Braille.

Me mostró los libros, las lupas, las máquinas de escribir... Todo un universo de palabras que no se ven, pero se sienten.

Antes de despedirnos, el padre de Andrés, me extendió la mano y me dio un regalo.

—Toma, esto es para ti.

Recibí el objeto y mi corazón se detuvo por un instante. Era un rectángulo blanco, enmocado, del tamaño de una tarjeta del metro y cubierto de pequeños relieves. Idéntico al que había encontrado en el cajón de mi papá. Mis ojos se llenaron de lágrimas, un río incontenible que resbaló por mis mejillas.

—Gracias... —murmuré, abrazándolo con fuerza. Entre sollozos, apenas alcancé a decir—: Mi papá también era bibliotecario, como usted.

Nos despedimos.

Al llegar a casa de mi mamá, con los ojos llorosos y el alma reconfortada, le conté lo sucedido.

—Ya sé de dónde vino ese rectángulo blanco, el que encontré entre las cosas de papá.

Juntas recordamos que papá tomaba un taller de ajedrez en la biblioteca, con ese espíritu de explorador seguramente un día, pasó por la sala para personas

con discapacidad visual, pensando en nosotras, sus dos hijas que vivimos con retinosis pigmentaria, una enfermedad que afecta la vista, iniciando con ceguera nocturna, y terminando con una visión de túnel muy poco nítida. Tal vez, presintiendo que nuestra visión seguiría disminuyendo, decidió llevarnos una herramienta invaluable: el Braille.

Ahora, cuando mis ojos se cansan y la luz se disuelve en sombras, deslizo mis dedos sobre aquel rectángulo blanco y descubro un nuevo camino en las letras que se sienten. Para mí, el Braille no es solo un código olvidado; es una puerta a la autonomía, a la literatura, a la libertad. Mi papá no pudo enseñármelo en vida, pero me dejó la semilla para aprenderlo.

El rectángulo blanco ya no está perdido en un cajón. Ahora, vive en mi cartera y en mis manos, acompañándome en este viaje de la retinosis, ayudándome a derribar barreras, a descubrir otro mundo y enseñándome a no tenerle miedo a la oscuridad. Porque sé que, en esas noches nítidas donde las estrellas brillan como pequeños puntos como en Braille, mi papá aún me guía.

Los últimos lectores

Halena Rojas Valduciel

Caracas, Venezuela

Presentación: Halena Rojas Valduciel es consultora y tester en accesibilidad digital, además de auxiliar docente en la Universidad Central de Venezuela, donde acompaña procesos de inclusión educativa de estudiantes con discapacidad en el área de Ciencias de la Computación. Paralelamente, desarrolla una trayectoria como autora independiente de narrativa especulativa, explorando géneros como la fantasía, la ciencia ficción y el terror.

Se interesó en este concurso por la posibilidad de escribir un cuento que resaltara la importancia del braille, reconociendo que, aun desde su perfil vinculado a la tecnología, el sistema de lectoescritura sigue siendo esencial para la inclusión de las personas con discapacidad visual.

Cuento:

«Cuando la memoria se borra, los puntos se vuelven invisibles. Y con ellos, el futuro».

72 horas para el colapso.

Matal se derrumba bajo la fiebre. «La marea cian», el virus nuevo que golpea a la población como un relámpago, arrasa cuerpos y conciencias. Los hospitales rechazan enfermos; las tropas de exterminio de la nación continental se preparan para limpiar las calles de «amenazas biológicas».

Aymara Vidal, técnica en biomedicina, contempla la ciudad desde el ventanal blindado del laboratorio. Su respiración es errática, pero sus pensamientos giran a una velocidad imposible. Desde niña arrastra la reminiscencia de su gemela muerta por un virus incurable. Hoy ese recuerdo se convierte en motor y la ciudad entera es un eco de su pérdida.

En su retina, un destello azul. La voz de Ian, su creación más íntima, vibra:

—He hallado un archivo clasificado. Año 2065. El doctor Isaac Dosantos predijo este desastre, pero lo declararon demente. Nadie quiso creerle, aunque parece que hablaba de un virus letal idéntico a este. Según la fuente, dejó un código con información vital, oculto en una biblioteca subterránea bajo la antigua capital.

Aymara aprieta el puño.

—Entonces lo encontraremos.

68 horas.

La biblioteca huele a polvo y metal oxidado. El aire es tan denso que duele respirar; el polvo se mezcla con un olor a papel viejo y humedad rancia, como si el tiempo mismo se hubiera enmohecido. Entre escombros, Aymara descubre un cofre sellado. Dentro, un manuscrito en papel grueso. Al abrirlo, se sorprende: las páginas no tienen letras, solo hileras de puntos en relieve.

—No es escritura común —susurra, recorriéndolos con los dedos.

Ian titubea, un gesto extraño para una IA.

—Encontré una vaga referencia sobre algo llamado «Braille» ... No dispongo de más datos.

Aymara respira hondo. «entre estos puntos habita un secreto que ni el tiempo puede borrar».

65 horas.

Ian le menciona que halló a la última lectora de Braille en Matal: Yara Guzmán, ciega, apartada del bullicio urbano.

Aymara corre hasta su casa, un refugio humilde en los márgenes del distrito oeste. La puerta entreabierta anuncia la tragedia. El silencio es opresivo; el chasquido de la estufa apagada y el olor agrio hablan por sí solos. Adentro, Yara yace en el suelo, el cuello marcado por dedos crueles. En la estufa, cenizas: el único alfabeto Braille reducido a polvo.

Aymara tiembla.

—¿Quién hizo esto?

—No hay registros —responde Ian—. El borrado de cámaras y sensores indica la acción de una mano poderosa.

El nombre de Pierre Dufau, presidente de la Organización Continental de Afectados visuales, se insinúa en la mente de Aymara como una sombra.

60 horas.

Ian detecta otro posible lector en una comunidad lejana. Aymara viaja de noche, esquivando drones y retenes militares. Al llegar, la esperanza se quiebra. La mujer ciega yace sin vida en su cama. Sin rastros de algún alfabeto Braille.

—Se acabó —susurra Aymara.

—No —replica Ian—. Hay una opción más arriesgada: viajar en el tiempo.

54 horas.

El laboratorio clandestino vibra con energía cuántica. Ian proyecta los riesgos:

—La tecnología del proyecto Cronos está en fase de prueba, pero es la única solución. Podemos enviarte al siglo XXI, cuando el Braille aún se enseñaba. Podrás permanecer 24 horas en el pasado. Debes conseguir un alfabeto Braille físico. Al regresar, tu memoria y funciones cognitivas podrían deteriorarse.

Aymara piensa en su gemela. En los cuerpos febriles que llenan las calles. Asiente.

—Abramos el portal.

Siglo XXI. Medianoche.

El aire huele a humedad y tinta. La casa pertenece a Samar Baron, descendiente del legendario Louis; como cualquier profesora ciega, sus estantes rebosan de libros en Braille.

Aymara la observa dormir, mira el estante y duda. Robarle a una mujer ciega le provoca cierta culpa, pero no hay tiempo. Toma un alfabeto en plástico rígido, lo oculta bajo la ropa y huye en silencio.

Cuando el portal la devuelve a Matal, la ciudad arde más que antes.

40 horas.

Aymara despierta con la mente fracturada. Ian la informa:

—Lagunas cognitivas. Pérdida de memoria a corto plazo.

Ella acaricia el alfabeto con dedos temblorosos. Empieza a descifrar los puntos del código. La tarea es lenta, agotadora y, aunque Ian le sostiene la memoria, cada palabra aprendida es un recuerdo menos de su historia.

Entre símbolos derivados de múltiples combinaciones en relieve, emergen fórmulas, secuencias genéticas, predicciones. El virus había sido previsto. Y también su cura.

30 horas.

Aymara solicita audiencia con Pierre Dufau. El presidente de la OCAV aparece impecable, con bastón holográfico y una sonrisa que oculta veneno.

—El Braille es un símbolo romántico, sí, pero una reliquia poco práctica — dice con calma estudiada—. En un mundo de implantes, inteligencia artificial y memoria aumentada, aferrarse a esos puntos es condenar a la humanidad al pasado.

—Una última cuestión, solo por curiosidad, ¿Usted destruyó el alfabeto de Yara Guzmán? —pregunta ella.

Dufau ladea la cabeza, sin confirmar ni negar.

—Algunos obstáculos desaparecen solos. Ocúpese de la ciencia, señorita Vidal. Lo demás no le concierne.

Las puertas se abren y guardias ingresan. Aymara, guiada por Ian, logra escapar. El códice sigue a salvo bajo su abrigo.

20 horas.

Las sirenas anuncian la Operación Exterminio. Los infectados son arrastrados a camiones. Aymara tiembla, concentrada en descifrar la proteína clave. Su mente confusa falla una y otra vez, sin embargo, Ian recompone fragmentos, la corrige, la sostiene. Entretanto, en las pantallas de noticias, aparece Dufau. Sudoroso, tosiendo sangre. El virus no perdona.

10 horas.

Las tropas lo atrapan. Lo arrastran junto a los enfermos que desdeñó y no quiso ayudar. Desesperado, balbucea: —El pasado... estorbaba... Nadie lo escucha. Un disparo cierra su confesión.

6 horas.

En el laboratorio, un frasco con líquido translúcido brilla como una promesa. La primera prueba en un paciente da resultado positivo: la fiebre desciende, la respiración se estabiliza.

Matal sigue oliendo a ceniza, sin cadáveres en las calles.

Aymara se derrumba en una silla, agotada y rota.

EPÍLOGO

Aymara abre los ojos en la penumbra del laboratorio. No recuerda su nombre, ni por qué le arden las yemas de los dedos. Sobre la mesa descansa el códice.

Ian, con voz tenue, susurra desde el implante:

—Creé un repositorio. Nunca volverá a perderse.

Ella acaricia los puntos, sin entender del todo lo que significan. Son huellas extrañas, cicatrices en el papel. Y, aun así, algo en su tacto le transmite la certeza de que allí late el destino.

Finalmente, lo guarda en una cápsula de seguridad, no como reliquia, sino como advertencia:

«El futuro puede depender de aquello que dejamos de leer porque lo creímos inútil».

Fin.

Relieve de miradas

Iris Nelda Freire Olivera

Tacuarembó, Uruguay

Presentación: Iris Nelda Freire Olivera es maestra de educación especial y ha dedicado los últimos años al trabajo con personas con discapacidad visual, tanto en el sistema educativo formal como a través de acciones voluntarias con personas adultas ciegas. Su trayectoria ha estado marcada por el acompañamiento cercano y el compromiso con procesos de aprendizaje, autonomía y comunicación.

Participó en este concurso como una forma de rendir homenaje a las personas adultas ciegas que la acompañaron en sus inicios y, de manera muy especial, a la memoria de Gualberto Aguiar.

Cuento:

No recuerdo haber tenido grandes planes ese sábado. En realidad, casi nunca los tenía. A los dieciséis, mis vínculos eran superficiales: compañeras en el deporte, compañeros en la escuela, y nada más. Así que, cuando mi madre me preguntó si quería acompañarla a la reunión en la iglesia, acepté. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

Mi madre, Iris, llevaba meses enseñando Braille de manera voluntaria, habiendo aprendido sola y sin ninguna validación oficial. La admiraba, aunque no entendía del todo su empeño. ¿Para qué tanto altruismo, si después termina cansadísima y poco tiempo para ella hacer lo que quiera y descansar?

Ese día no fuimos directo a la iglesia, mamá me dijo que teníamos que pasar primero por algunas casas. La primera parada fue en la de Valeria. Estaba esperando en la puerta con su bastón. No parecía nerviosa, sino tranquila, como alguien que sabía exactamente dónde estaba. Apenas bajó del cordón me dijo:

—Hola, ¿sos Maia? —dijo Valeria con voz clara y educada. Asentí, un poco incómoda.

Después fuimos por Zoe. Al escuchar el auto, salió enseguida con una sonrisa en la voz.

—¡Así que vos sos la hija de Iris! —me dijo como si me conociera de toda la vida.

Yo sonreí, aunque me quedé algo incómoda con su entusiasmo. Mientras charlaban entre todas, no pude más que limitarme a escucharlas, ya todas tenían sus formas de dirigirse y la familiaridad con todo que yo no tenía, más que con mamá al volante.

La última parada fue en lo de Dylan. Nos agradeció dos veces por pasar a buscarlo, como si la primera no alcanzara. Se acomodó en el asiento trasero, sonrió y me dijo ‘encantado’, lo que me hizo sonreír también. Inesperadamente, a pesar de que éramos tres en los asientos de atrás, iba muy cómoda, lo que me tranquilizó el no conocer a nadie.

Mamá conducía sin decir nada sobre la nafta o el tiempo que le llevaba. Yo, en cambio, me quedé pensando que, si no fuera por ella, tal vez ninguno de ellos estaría allí.

La sala de la iglesia, que funcionaba como biblioteca, era sencilla: mesas, sillas variadas y estanterías con libros antiguos. La luz de la tarde entraba por los ventanales altos.

Sobre el centro de una mesa, había una caja con materiales. Mamá sacó unas regletas de plástico y varios punzones, y los colocó sobre la mesa como si fueran tesoros.

—Hoy vamos a repasar el sistema —anunció.

Yo observaba en silencio. Nunca había visto de cerca cómo se enseñaba braille. Mamá explicó que todo se basaba en seis puntos, dispuestos en dos columnas de tres filas. Que cada letra, número o signo nacía de una combinación de esos puntos. Los alumnos no miraban, sino que palpaban con las yemas de los dedos la regleta, iban marcando con el punzón y luego deslizaban la mano para leer lo que habían hecho. Mientras explicaba, iba señalando cada material, más para mí que para ellos.

Me sorprendió lo metódico que era. Al principio pensé que sería lento, pero los dedos se movían con una seguridad que desmentía mis prejuicios. Me acerqué más. En apariencia, eran simples hendiduras, pero al pasar la yema del dedo entendí que allí había un código secreto.

Ese día practicaron palabras sencillas. Zoe festejaba cada avance, Dylan sonreía en silencio y Valeria ayudaba cuando hacía falta, con voz serena.

Yo observaba. Lo que me sorprendía no era solo que pudieran aprender a escribir, sino la naturalidad con que lo hacían. Allí no había compasión ni gestos de lástima: solo personas aprendiendo juntas.

—A ver, vamos a practicar palabras largas —dijo mamá—. “Esperanza”, por ejemplo.

Entonces, Zoe golpeaba la mesa con entusiasmo al lograr completar cada letra correctamente.

—¿Viste, Dylan? ¡No me equivoqué en la “z”!

—Sí, ahora te falta ganar el campeonato de dictado Braille. —le respondió, y todos culminamos con varias carcajadas.

En los descansos, las conversaciones fluían. Zoe, siendo la mayor de todos con 78 años, contaba anécdotas de cuando daba clases de historia. Tenía un humor chispeante, aunque de vez en cuando se notaba un dejo de nostalgia.

—Lo que me fastidia —comentó una vez— es cuando la gente, al verme acompañada, en lugar de hablarme a mí le habla a quien está conmigo. Como si yo fuera invisible.

Asentí, incómoda. Nunca lo había pensado, pero qué tan doloroso debía ser que otros te trataran como si no pudieras responder por ti misma, y me empecé a hacerme notas mentales de qué no hacer para el futuro.

Ella y Dylan eran bastante distintos. Tranquilo, con risas que parecían llenar silencios incómodos. Le gustaba relacionar el Braille con los números.

—Cada punto es como una cifra en un balance —me explicó un día—. Ordenado, exacto, necesario. —siguió, la mueca amable en su cara nunca lo abandonó.

Lo escuchaba hablar de su vida. Aprendí que había sido contador, que le gustaba cocinar, y que tenía una hija que lo ayudaba en casa. Y de vez en cuando confesaba que para él la rutina de su vida se componía por lo monótono de sus días, y entonces tenían diferencias de filosofías de vida con Zoe. En ese clima, se pusieron a charlar de sus sueños.

—¿Sabés una cosa? Para mí lo hecho, hecho está. Pero si solo pudiera cambiar algo, me hubiera gustado conocer el océano. Nunca lo vi, y ahora ya no lo veré. —dijo, como si su voz reflejara lo lejano que le parecía la idea de alguna vez ir al sur y pasear por la costanera y la rambla cuando su vida se basó en los barrios bajos de Tacuarembó y visitas a la laguna de vez en cuando. Luego, con esperanza me afirmó— Pero capaz pueda escucharlo algún día.

Una tarde, Valeria, a pesar de ser reservada, me mostró cómo usaba su celular con una aplicación de voz automatizada. —Con esto puedo leer mensajes, escribir correos, buscar música. Es mi manera de estar conectada. —me decía. La escuché atenta. No hablaba mucho, pero transmitía una independencia admirable.

—¿Y no te molesta que la voz suene tan robótica? —le pregunté.

—No. Para mí, es libertad. No necesito que otros me lean nada.

Con el tiempo, pedí aprender Braille. Quería sentir lo que ellos sentían. Mi madre me enseñó a sujetar el punzón, a mover la mano con paciencia sobre la regleta. Al principio parecía torpe, pero poco a poco fui reconociendo letras, después palabras.

Era como descubrir un idioma oculto, una ventana abierta hacia otra forma de comprender el mundo.

Un día, caminando de regreso a casa, entendí algo que nunca había pensado con claridad. El Braille no es solo un sistema de puntos. Es un puente. Sí, permite a las personas ciegas acceder a la lectura y a la escritura, pero también me enseñó que hay muchas formas de “leer” el mundo. Vine porque no tenía nada mejor que hacer, y terminé descubriendo un universo entero en seis puntos.

Las palabras bajo la piel

Ivis Indira Vázquez Aguirre

La Habana, Cuba

Presentación: Ivis Indira Vázquez Aguirre es bibliotecaria en el Centro Cultural Recreativo de la ANCI y relacionista pública en La Habana, Cuba. Actualmente cursa una especialidad en Inclusión Socioeducativa y participa activamente en talleres literarios de creación y apreciación de la literatura. Disfruta escribir, especialmente cuentos, y mantiene una relación cercana con la lectura tanto en braille como en formatos digitales accesibles.

Su participación en este concurso responde al valor profundo que le otorga al braille como herramienta de acceso a la lectura, a la escritura y a la vida cultural, y a su deseo de seguir defendiendo su vigencia en tiempos de transformación tecnológica.

Cuento:

La oscuridad llegó sin estruendo, como un ladrón de luz. A los cincuenta y tres años, la vida de Emir se apagó en un lento crepúsculo hasta sumergirse en una negrura perpetua. La ceguera, ese diagnóstico temido, se instaló en su existencia como un muro infranqueable.

Pero no era solo la ausencia de rostros, paisajes o del sol lo que le asfixiaba el alma. Era la biblioteca silenciosa.

Su refugio, sus amados estantes repletos de volúmenes encuadernados en piel y papel rugoso, se había transformado en un sarcófago de promesas rotas. “Ya no puedo leer”, se repetía con amargura. Aquella frase, simple y devastadora, golpeaba su mente con más fuerza que la propia oscuridad. Cada mañana, sus manos buscaban en vano el lomo de un libro sobre la mesita de noche. Nada. Solo vacío.

Fue en la peña “Dando Amor”, a la que asistía por insistencia de su familia, donde una voz serena, como agua deslizándose sobre piedras, se dirigió a él:

— Emir, ¿verdad? Soy Aida, la bibliotecaria del Centro Cultural Recreativo de la ANCI. El rehabilitador me habló de su proceso de adaptación.

Emir torció la boca en un gesto agrio.

— Adaptación... Bonita palabra para esto. Mi adaptación consiste en tropezar con mis muebles y escuchar audiolibros que no se comparan con lo real. Las palabras... se han ido.

—No se han ido, Emir-respondió Aida con firmeza serena-. Solo han cambiado de traje. Se vistieron de puntos. Y yo puedo enseñarle a leerlos.

Emir bufó, escéptico.

— ¿Braille? Por favor... Mire estas manos -dijo, extendiéndolas. Eran manos grandes, endurecidas por décadas en la construcción-. Son martillos, no agujas. Jamás sentirán esos puntitos diminutos. Eso es para manos delicadas. Las tuyas, tal vez.

Aida rio, una risa cálida que descolocó a Emir.

—Mis manos —dijo— cargaron cajas de libros durante veinte años antes de que la diabetes me robara la vista. No eran delicadas entonces. El braille no depende de la suavidad de los dedos, sino de la paciencia... y del deseo de abrazar de nuevo las palabras.

Él guardó silencio. La negativa le temblaba en los labios, pero una grieta se abría en su desesperanza. Una semana después, empujado por la ausencia insoportable de sus libros, entró en la acogedora sala de lectura. Olía a papel y madera pulida. Ese aroma lo hirió y lo reconfortó a la vez.

Aida lo guio hasta una mesa.

—Esto es una celda braille -dijo, colocando sus manos sobre la lámina a relieve con seis puntos, tres a cada lado—. Cada combinación forma una letra. Comenzamos con la “A”. Solo el punto superior izquierdo. ¿Lo siente?

Emir frunció el ceño. Sus dedos, entrenados para sostener acero, no encontraban nada en esa superficie punteada. Nada... hasta que, finalmente, sintió un pequeño relieve. ¿Era real o su imaginación?

—Creo que... algo. Muy pequeño.

—Exacto. Muy pequeño, pero ahí está. Ahí vive la “A”.

La “B”, luego la “C”, la “D” ... cada letra era un muro. Emir sudaba, se frustraba, gruñía. Pero no se rendía. La voz de Aida lo sostenía, como un faro en la noche.

—No es una carrera. Es un reencuentro. Sus dedos tienen memoria. Solo necesitan aprender un nuevo idioma.

Día tras día, letra por letra, el muro empezó a ceder.

— ¡La “M”! ¡Los puntos 1, 2, 3 y 4! —exclamó Emir una tarde. Su voz, ronca y emocionada, parecía encender la habitación.

—Se lo dije —sonrió Aida, entregándole un pequeño libro de tapas duras—. Sus manos no son demasiado grandes. Son lo suficientemente fuertes para sostener mundos nuevos.

El libro era El Principito. Emir acarició la tapa, sintiendo el título en relieve. Con dedos aún temblorosos, buscó la primera línea. Palabra por palabra, letra por letra, la voz del libro comenzó a susurrarle desde el tacto.

“C-u-a-n-d-o...”

“Cuando yo tenía seis años...”

Una lágrima cálida resbaló por su mejilla. No era tristeza. Era alivio. Gracitud.

Abrazó el libro contra su pecho.

—Gracias —susurró, con la voz quebrada—. Las palabras... están aquí.

Aida sonrió en silencio. Sabía que la biblioteca de Emir, su verdadero hogar, había vuelto a abrir sus puertas. No con luz para los ojos, sino con puntos de esperanza bajo las yemas de los dedos.

Con la Yema de los dedos

Luis Leonardo Cordero Valdés

Santa Elena, Ecuador

Presentación: Luis Leonardo Cordero Valdés participa en esta convocatoria motivado por el deseo de aportar, desde la escritura, historias que contribuyan al enriquecimiento humano y profesional y que fortalezcan el camino hacia una verdadera inclusión social. Su interés también nace de la intención de rendir homenaje a la figura de Louis Braille y al legado que representa para las personas con discapacidad visual.

En su participación se entrelazan el valor de la literatura, el reconocimiento al braille y la búsqueda de oportunidades en un contexto social y económico complejo.

Cuento:

Este año se conmemora el doscientos aniversario de la fecha en que el Pedagogo y Músico Francés Lois Braille pusiera a disposición de todos los ciegos del mundo el sistema de lecto-escritura que lleva su nombre.

Este sistema consiste en la combinación de seis puntos que ordenados convenientemente representan las letras del alfabeto y permiten formar palabras. De igual modo pueden representar números y hasta notas musicales en un sistema llamado musicografía braille. Esto posibilita que los estudiantes de música ciegos puedan leer en las partituras la música escrita con puntos.

En opinión de este redactor la figura del ingenioso Lois Braille no ha sido suficientemente reconocida y mucho menos homenajeadada. La humanidad debe mucho todavía al talento de este pedagogo y músico francés. — Sentenció el locutor de la televisión.

— El hombre apagó el televisor y moviendo su cabeza afirmativamente replicó:

— Efectivamente, todos le debemos mucho a Braille.

— ¿Ese es el sistema con el que tú escribes? —preguntó la mujer—

— Así es, escribo y leo y no sabes lo importante que es para una persona ciega dominar este sistema.

— Pero tú no eres ciego de nacimiento ¿Cuándo lo aprendiste?

— Lo aprendí siendo adulto. Era un joven de baja visión y me acerqué a la Asociación de Ciegos y allí me entregaron un bastón y me recomendaron, como algo muy importante, aprender Braille.

— ¿Y entonces, comenzaste a aprender?

— Lo intenté. Fui a las primeras clases con una profesora de mucho prestigio en la enseñanza del Braille. Pero resulta que yo trabajaba en la construcción y tenía las manos todas llenas de callos, por lo cual me resultaba muy difícil percibir los puntos en el papel. — ¿Y qué hiciste entonces?

— Le expliqué a la profesora y me pidió que le mostrara las manos. Las palpó y me dijo convencida:

— Ay hijo mío, con estas manos encallecidas es imposible que puedas percibir los puntos. ¿En qué trabajas?

— En la construcción, soy albañil. Ya usted sabe, las herramientas son pesadas y su uso provocan callosidades.

— Mejor no continuamos las clases porque sería perder el tiempo. Cuando esta situación mejore puedes venir nuevamente.

— ¿Y no aprendiste?

— Así es, pero luego me quedé sin trabajo y la situación de las manos mejoró mucho. Posteriormente me enviaron al centro de rehabilitación para ciegos y allí pude al fin aprender Braille. Te cuento, que entre todas las asignaturas que se imparten se le concede una gran importancia al aprendizaje de este sistema de lecto-escritura.

— ¿Y no existe otro mejor? Digo yo, más moderno en la era de Internet...

— Claro, existen muchas ayudas técnicas sobre todo en el mundo de la Informática, por ejemplo; el sistema Jaws que convierte a voz la información que se realiza desde un teclado. También están los lectores de pantalla y otros muchos. Lo que sucede es que la tecnología en la que se incluye la telefonía celular es costosa y no está al alcance de todas las personas ciegas.

— Se puede decir entonces que el sistema diseñado por Braille es el más económico y al alcance de todos. ¿No es así?

— Tienes razón, fíjate que, en medio de un holocausto, un terremoto, un huracán y hasta un ataque atómico, donde falte la electricidad, el internet y la telefonía, en el más oscuro rincón del mundo, a cualquier hora se podrá disfrutar mediante el sistema Braille de un poema de Neruda, Darío, Guillén y quizás una buena novela de García Márquez. ¿Qué te parece?

— Fantástico, me parece fantástico. ¿Y hay suficiente material impreso como para leer todo lo que me dices?

— Pues mira que sí. La Unión Latinoamericana de Ciegos ha trabajado durante muchos años para poner al alcance de las personas ciegas lo mejor de la literatura mundial en el sistema Braille.

— Pero he visto que los libros que tú lees son muy grandes y poco manuales. ¿No es así?

— Todo es cuestión de adaptarse. Pero es la única forma hasta el momento para desarrollar este sistema.

— ¿Y cómo se escribe?

— Hay varios métodos: Puede ser manualmente con el uso de la regleta y un punzón para marcar los puntos sobre el papel Braille. También existen máquinas de escribir mecánicas y otras eléctricas. Pero ya te dije que la tecnología es cara. Obviamente en las imprentas hay máquinas de imprimir en este sistema de escritura. Asimismo, se ha desarrollado la industria de los audiolibros con soporte digital los cuales para escucharlos requieren de un computador o una bocina electrónica.

— ¿Y cómo aprenden los niños ciegos en las escuelas?

— Te diré que en las escuelas especiales para niños ciegos y de baja visión fundamentalmente se escribe y se lee en este sistema. Toda la bibliografía de las asignaturas que se imparten están escritas en Braille. Esto permite que los niños terminen la enseñanza media y puedan matricular posteriormente una carrera.

— ¿Y pueden estudiar cualquier profesión?

— No exactamente, pero si muchas carreras de Humanidades y a su vez, contribuir desde su profesión a la formación y desarrollo de los niños ciegos logrando de esta forma una efectiva inclusión social.

— ¿Imaginas cuánto se puede hacer con las manos?

— Claro con las manos puedo saludar, decir adiós, trabajar como artesano, escribir en braille y con esas mismas manos acariciarte.

Él la tomó por la cintura y le recorrió la espalda hasta la nuca y sosteniéndola por sus mejillas la besó, con un beso apasionado, húmedo y definitivo. Como para cerrar este encuentro ella le susurró al oído.

— Si tuvieras delante a Lois Braille, ¿Qué le dirías?

— Primero que todo estaría muy emocionado y luego le diría:

Querido Lois: José Martí dijo en una ocasión que las personas con talento son de muy buen corazón. Y en usted se dan ambas cosas.

También le diría que es de bien nacidos, ser agradecidos por tanto en nombre de todos los ciegos del mundo le damos las gracias por su legado. ¡Muchas gracias!

¿Qué pasó con Tres?

María del Carmen Galíndez González

Puebla, México

Presentación: María del Carmen Galíndez González es profesora de educación primaria, maestra de Matemáticas y especialista en la educación de personas con discapacidad visual. A lo largo de su trayectoria ha trabajado en distintas instituciones de México dedicadas a la rehabilitación, educación y acompañamiento de personas ciegas y con baja visión, además de desempeñar labores voluntarias y de haber sido fundadora de la Asociación Mexicana Anne Sullivan. Es autora de diversos manuales y guías didácticas vinculadas al ábaco, las actividades de la vida diaria, el braille y la estenografía braille.

Participó en este concurso con el interés de compartir maneras amenas y significativas de acercar el sistema braille a personas con y sin discapacidad visual.

Cuento:

Había una vez, en el reino de las letras y las palabras, seis hermanitos gordinflones y muy simpáticos.

Eran tan parecidos entre sí que para distinguirlos su mamá se acordó de las fichas de dominó y los formó en dos filas (como la mula de seis) y los bautizó como “Uno” “Dos” y “Tres” a los que estaban del lado izquierdo y “Cuatro” “Cinco” y “Seis” a los que quedaron del lado derecho.

Para pasear tenían un carrito con seis asientos en los que cabían perfectamente acomodados los seis (tres a la izquierda y tres a la derecha) y cada uno conocía y respetaba su lugar.

Al ir de paseo, todos brincaban de un lado para el otro incansablemente.

Uno, Dos, Cuatro y Cinco eran los más traviesos y un día se pusieron a jugar para ver de cuántas maneras diferentes se podían acomodar en su cochecito.

Se acomodaron solos, por parejas, de tres en tres y todos juntos.

Les gustó tanto que decidieron ponerle nombre de letra a las mejores combinaciones.

Así las llamaron como las diez primeras letras del alfabeto.

Uno de ellos gritaba, por ejemplo “hache” y Uno, Dos y Cinco corrían a su lugar. Después gritaban “ge” y los cuatro corrían lo más rápido posible para ver quién llegaba primero.

Después trataron de hacer palabras con esas letras y encontraron algunas muy bonitas.

Encontraron que podían escribir: abeja, hada, ficha, hija... y muchas más.

Pero querían más diversión. Entonces se les ocurrió llamar a Tres para que jugara con ellos, Eso fue sensacional. ¡En lugar de diez letras pudieron formar veinte!

Y empezó el juego con más alegría. Pudieron escribir decenas y decenas de palabras hermosas.

Nombres de animales como caballo, perro y hormiga...

Nombres de frutas como: pera, mango y fresa...

Nombres de juguetes como pelotas, canicas, trompos y papalotes y muchas cosas más.

A Tres se le ocurrió que él sólo quería hacer algo y todos estuvieron de acuerdo en que sería el punto final.

Pero todavía no podían formar todas las palabras. No podían escribir los nombres de animales como zorro, venado o yegua.

Ni los nombres de algunas frutas como uvas, piñas, kiwis y manzanas. Tampoco nombres de juguetes como yoyo, balón, muñeca o avión.

- ¿Qué podemos hacer? Se preguntaban. ¡Ya sé! dijo Cinco.

- Podemos llamar a Seis, que todavía está dormido. Seguro que con su ayuda lo podremos lograr.

Así todos los puntitos fueron corriendo a buscar a Seis.

Estaba tan dormido que casi no entendía lo que sus hermanos le querían decir.

Al fin, y ya bien despierto, Seis fue a jugar con ellos.

El resultado fue asombroso. No sólo pudieron formar las letras restantes, sino que se dieron el lujo de hacer nuevas combinaciones para las vocales acentuadas y una más para esa “u” que usa sombrero (la u con diéresis, creo que se llama).

Hicieron combinaciones para signos de puntuación, la mayúscula, y algo sorprendente: ¡¡¡pudieron hacer números!!!

Todo iba de maravilla hasta que sin saber por qué Tres desapareció.

Eso fue un verdadero caos.

La mayoría de las letras lo necesitaban.

De repente en lugar de decir “rana” decía “hada”, en lugar de “aleta” decía “abeja”. Ya no se leía “pipa” sino “fifa” y en la mayoría de las palabras ya no se entendía nada.

Todos los puntitos se pusieron a buscar a Tres.

- Tres ¿dónde estás? ¡Por favor ven a jugar con nosotros!
- Te necesitamos mucho.
- ¿Por qué te fuiste?
- ¿Hay algo que te molesta?

Por fin, después de mucho rato, Tres salió de su escondite.

Les dijo a sus hermanos que estaba muy enojado, porque siempre era el último en cualquier cosa que escribieran.

- Yo quiero ser importante y no siempre estar al final.

Todos lo consolaron y le dijeron que su papel estelar como punto era muy, muy, muy importante. Que sin él no sabrían dónde empieza una nueva idea y dónde debe ir la mayúscula.

Muy avergonzado Tres reconoció que, aunque estuviera al final, su trabajo era esencial.

Nunca más se alejó de sus hermanos y entre todos nos brindan la gran oportunidad de conocer historias maravillosas cuando los acariciamos con nuestras manos.

Dueños de la pelota

María Rossana Guerra Cardarello

Montevideo, Uruguay

Presentación: María Rossana Guerra Cardarello se dedicó durante muchos años a la docencia en primaria y educación media, con formación en literatura. A partir de la irrupción de la baja visión en su vida, inició un proceso de rehabilitación en el Instituto Tiburcio Cachón, donde descubrió el braille como una nueva posibilidad de encuentro con la lectura y la palabra escrita. Ese proceso le permitió reconectarse con una dimensión profunda de su experiencia como lectora y educadora.

Participó en este concurso desde esa vivencia de reencuentro con la cultura escrita, reconociendo en el braille una forma de reconstrucción personal y pertenencia.

Cuento:

“Lento en mi sombra, la penumbra hueca exploro con el báculo indeciso, yo, que me figuraba el Paraíso bajo la especie de una biblioteca.”

Los dones -Jorge Luis Borges-

Así empiezo este recorrido, como por un túnel del tiempo, donde todos los que alguna vez dejaron de ver, sintieron la desolación ante ese mar profundo, tan líquido como la relación entre quien vive a oscuras y la cultura de la que es parte.

Ser Louis Braille, y haber nacido a principios del siglo XIX en Francia, o llamarse Jorge Luis Borges y haber nacido noventa años después en Sudamérica, no hace a la diferencia conmigo, mujer, transitando el primer cuarto del siglo XXI. El bastón guiando nuestros pasos fue el mismo; la necesidad de seguir siendo parte, también nos atravesó a los tres; y la desesperada búsqueda por tener una biblioteca propia, nos desveló por mil y una noches.

Saberse coaccionada por lo que el mundo de los “capacitados” pretende de los que cargamos con el prefijo “dis”, es una revelación a la que se llega luego de desbarrancar en el silencio de la incompreensión. Leer, con la posibilidad de poder elegir el qué y el cómo, parece parte de un derecho universal despreciado por los dueños de la pelota, los que deciden para quién y cuánto. Es, de alguna manera, mirar de soslayo lo que incomoda, como para que no parezca un desdén liso y llano. Esto lo vivo a diario, en una cultura global, donde la inteligencia artificial promueve todo tipo de asistencias, siempre establecidas desde un formato ajeno a los que transitamos tiempos y una comprensión del mundo, distintas. Y soy consciente de que hablo desde mis privilegios, ya que lo que voy a contar, lo viví desde la conmisericordia que provoca el relato de este Lucas ignorado.

“Tengo quince años, me llamo Lucas Moura, vivo en Tupambaé, un lugar en Cerro Largo donde hay muchas calles de tierra, muchos perros y demasiadas cotorras en los árboles de la plaza. Tengo dos hermanos más chicos, que a veces vienen a mi casa a ver a mi madre, porque ellos están con sus padres, cada uno tiene uno, pero yo no tengo ninguno. Mi mamá se llama Lorena, es buena, pero habla muy poco, siempre está acostada y rezonga cuando llego de la escuela, porque se tiene que vestir para abrirme la puerta. El que me acompaña a ir y venir de la escuela es Tomás, el chofer de la camioneta; salgo temprano con él y soy el último que deja, como a las seis de la tarde llego.

Me gusta mucho ir a la escuela, sobre todo porque tengo dos amigas, Mariana y Soledad. Ellas están en otra clase, pero en los recreos nos sientan juntos, al sol o en el comedor, depende del clima. Con ellas converso y me río de cosas que los otros compañeros no entienden, lo mismo que me pasa a mí con sus chistes barullentos, no los entiendo casi nunca. A veces, me acompaña en la clase, Mirta, una señora que me ayuda y a la que le puedo hacer preguntas. Lo que más me cuesta es entenderle a la maestra cuando muestra cosas y no me las explica o no me las muestra para que las descubra tocando. Pero lo que más bronca me da, es que los días que Mirta no va a la escuela, me sientan en una mesa apartado de mis compañeros, con un montón de masa para hacer formas o a veces, me mandan a la cocina para que ayude a Sandra a pelar papas o a batir huevos, lo que quiera ella. En esos días, me siento más cansado que mi mamá.

Mariana y Soledad dicen que a ellas les pasa algo parecido, y que es por culpa de que no vemos. Yo, no sabía que era distinto a las demás personas, hasta que empecé la escuela. No me olvido más del día, que mi compañero Juan, de tercer año, me dijo casi gritando:

—¿Por qué querés hacer cosas que un ciego no puede? ¿Tu madre no te enseñó nada? -y se fue furioso a contarle a la maestra que yo le había arruinado su dibujo con una gota de mi pincel-.

Ahora me doy cuenta que Juan tenía razón en enojarse, pero nadie me había enseñado cómo hacer para que eso no pasara. De todos modos, para mí era aburrido eso de pintar, fui feliz cuando la maestra de quinto me enseñó a leer y a escribir, aprendí rápido con Jimena, lástima que se fue, era a la que le gustaba enseñarme. Sueño con ella muy seguido, la extraño. Jimena me conseguía libros en braille para mí, y hasta pude alguna vez leerle a mis compañeros cosas lindas que yo escribía. Pero Jimena no volvió más, y los otros maestros dicen que no saben leer como yo. Me da risa que me digan eso, pero es así. Aquí sigo, releendo los mismos libros, y esperando a que decidan dónde voy a seguir estudiando. Eso es lo que más contento me tiene en estos días.”

Lucas pertenece a la generación de adolescentes del Uruguay del 2025, momento histórico en el que se celebran los doscientos años de la invención del sistema braille. Casualmente, tiene la misma edad en la que a Louis se le despertó la posibilidad real de pensar en una forma de leer y escribir placentera, no

simplemente para descifrar carteles o afiches. Ambos, en su humildad e inteligencia, no dejaron de buscar la forma de hacerle saber a los dueños de la pelota, que todo pasa, y que no tiene sentido una pelota si no hay jugadores dispuestos a patearla. Que a veces se puede ser goleador, y otras goleado. Y así como todo pasa, también todo queda... Jimena se fue, pero lo que dejó es nada más y nada menos que la única llave de futuro para Lucas.

A Jorge, le agradecemos la belleza y la entrega en el descubrir para nosotros, la oscuridad íntima de su paraíso perdido. Claro que, si hubiese tenido tiempo para entender de qué va este picoteo labrador de palabras, sus claros de luna habrían retornado tangibles, ya no a expensas de una memoria fuera de foco. De seguro que Borges habría jugado con las luces del entendimiento que da el braille, y otros versos, entre más aromáticos y menos dirigidos, habrían emergido para ser palpados en ese relieve tan natural a las yemas de dedos con ansias de leer.

Estoy sentada en el patio de la casa de Louis Braille, rodeada de una campiña calma, donde el silencio da lugar a reencontrarnos. Yo sé que él me espera con la sencillez de quien escribe para eternizar el instante. Sé que es el momento, así que decidida, me sumo y con mi propio picoteo de papel, regleta y punzón, marco mi ritmo. “somos los dueños de la pelota”, escribo.

Louis ríe pleno.

¿El viento tiene color?

Marilú Álvarez Limón

Veracruz, México

Presentación: Marilú Álvarez Limón es psicóloga y trabaja en una escuela pública de educación especial, donde acompaña a estudiantes, familias y docentes en procesos psicológicos, socioemocionales y pedagógicos. Su vínculo con la discapacidad visual surgió al integrarse a una institución que atiende a personas ciegas y con baja visión de distintas edades, experiencia que transformó su mirada profesional y humana. Desde entonces ha valorado profundamente la resiliencia de sus estudiantes y sus familias, así como la importancia de la atención oportuna, la habilitación y el acceso a materiales adaptados.

Su participación en este concurso nace de todo lo que ha aprendido en ese recorrido y de su deseo de expresar, a través de la escritura, la riqueza, sensibilidad y fuerza que encuentra en las personas con discapacidad visual.

Cuento:

Esta es la historia de una simple conversación entre dos personas con discapacidad visual. Una niña y un hombre anciano (lo sé por su voz); ella ciega de nacimiento y él ciego por una causa desconocida, pero ambos compartiendo un mundo de oscuridad total. Se da su encuentro por una afortunada casualidad al coincidir en un parque, donde al parecer, los acompañantes de ambos después de guiarlos a sentarse en bancas contiguas caminan en busca de algún postre para compartir cada uno con su familiar y pasar el rato de esa cálida tarde dominical.

De repente, llama la atención de la niña el susurro de una voz varonil que llama e invita a las palomas para que se acerquen a comer las migas de un pan que él se apura en desbaratar con sus manos temblorosas pero que ansían compartir ese manjar.

- ¿Cómo sabrá el Señor que hay palomas si no se escucha ninguna? Pensó la niña y tomando algo de valor se dirigió al hombre para preguntar: Buenas tardes Señor ¿cómo sabe Usted que hay palomas aquí?

- Buenas tardes niña, responde él...pues verás, es sencillo saber si pones atención en lo que hay. Existen algunas palomas que hacen sonidos con su garganta, pero hay otras que son más calladitas, que no dicen nada, pero que agitan sus alas como si aplaudieran para anunciar su llegada. Esas son las que más me gustan porque me dejan saber que vienen a buscarme y hasta puedo sentir el viento que avientan con sus alas.

- ¡Ah! Exclamó la niña asombrada. Es así como él puede saber, pensó. Pero ¿no serán preferibles aquellas que hacen ruido? Para mí sería mejor. En la escuela me han enseñado que debo reconocer los sonidos, guiarme por los ruidos y hasta

a identificar voces para conocer a la gente. Pero... ¿preferir sentir el viento? ¡Eso sí que es raro! -exclamó para sí misma.

- Sé lo que has de estar pensando pequeña- dijo el hombre. Debe ser mejor preferir a las palomas que hacen ruido y no a las que están calladas y sólo agitan el viento con sus alas ¿verdad?

- Al oír esto la niña abrió sus ojos con gran sorpresa y se dijo en su mente:

¿cómo es que este Señor sabe lo que pensé?

- Para que me entiendas mejor, te lo voy a explicar pequeña dijo el Señor. Cuando uno pierde la capacidad de ver con los ojos, se aprende a ver con las manos, con los oídos, con el olfato, con el gusto y con cualquier otra sensación del cuerpo, es decir, con todos nuestros otros sentidos. Pensar en únicamente ver con un solo sentido, nos limita a conocer y disfrutar del mundo que nos rodea. Por eso yo aprendí que me gusta más “ver” con todos mis sentidos y sentir me hace conocer mejor lo que hay.

- La niña le escuchaba con gran atención e intentaba comprender aquello que aquel interesante hombre le explicaba.

- Yo nunca he conocido el mundo con otra cosa que no sean mis oídos y mis manos- dijo la niña. Sé rastrear y conocer objetos con mis manos y utilizo el Sistema Braille para escribir los dictados que hace la maestra en el salón.

También escribo recados para mis amigos y notas muy bonitas para mi familia.

Es así como conozco y doy a conocer lo que pienso y siento.

- ¡Me parece muy bien que sepas todo eso! Dijo el hombre; debe ser muy bueno poder escribir lo que queremos y que otros puedan leerlo, pero ¿te gustaría intentar usar tus otros sentidos?

- Sí ¡claro que sí! Exclamó emocionada la niña.

- Bueno, pues vamos a empezar por describir lo que estás acostumbrada a hacer, dijo el hombre, ¿qué es lo que en este momento oyes?

- Bueno, oigo niños riendo, personas platicando, el grito de un señor que vende globos y algunos perros ladrando, respondió la niña.

- Bien, dijo el hombre. Ahora dime ¿qué puedes tocar con tus manos? - Pues siento el metal de la banca donde estoy sentada y una pequeña rama de un árbol o arbusto que está justo detrás de la banca y que está rozando mi hombro. Creo que tiene algunas flores porque se siente algo más suave que el resto de las hojas.

- Vaya qué bien, dijo el Señor. ¿Hay algún sabor que detectes? Continuó inquiriendo el hombre.

- Bueno, la verdad es que no. Pero ¡sí que soy buena para saber cuándo algo está muy dulce o muy salado!

- Ahora dime niña, dijo el hombre con voz intrigada ¿qué alcanzas a oler?

- Pues huele a palomitas de maíz con mantequilla, también a algo dulce pero no sé qué es y también un poquito a popó de perro ¡fuchi! Contestó traviesa la niña y ambos rieron con esa última respuesta.

- Bueno, dijo el hombre... ¿recuerdas que te dije que me gustaba más sentir el viento que las palomas agitan con sus alas que oír las hacer ruiditos con su garganta? Aparte de sentir el viento en mi rostro, así también puedo saber cómo se siente la paloma. Si es poquito viento, es porque la paloma aletea poco y tal vez esté triste o lastimada, en cambio, si el aleteo es vigoroso puede ser que la paloma esté alegre o emocionada porque va a comer pan. Pero... ¿tú sabías que también el viento puede tener color?

- ¿Cómo? Dijo la niña, ¡que yo sepa el viento no tiene color! Expresó incrédula.

- ¡Claro que tiene color! Dijo muy seguro el hombre.

- El color del viento es según lo sientas.

- Verás, cuando es débil y apenas lo sientes, puede ser de color azul o rosa porque es tierno, te da tranquilidad y te acaricia muy suave como un algodón o una pluma.

- Cuando es un poco más fuerte, puede ser de color amarillo o verde como la hierba porque te hace sentir que hay energía o movimiento a tu alrededor y te dan ganas de moverte también.

- En cambio, cuando no se siente, puede ser de color rojo o naranja como el fuego porque indica que hay calor y te quema ligeramente las mejillas si te abanicas.

- Cuando es frío o tempestuoso yo pienso que es gris o negro porque anuncia la pronta llegada de una tormenta o levanta el polvo que me hace estornudar o toser.

La niña estaba impresionada de todo aquello que hoy estaba aprendiendo con tan solo escuchar a aquel hombre. Sus pensamientos de pronto se vieron interrumpidos por la voz de su hermano mayor que le indicaba que le había comprado un helado y que debían irse ya.

Ella se apresuró a decirle que a su lado se encontraba un señor muy interesante y con quien había estado platicando, pero su hermano le dijo que no había nadie a su alrededor.

Entonces ella sorprendida pensó que quizá aquella voz era la del viento contándole sus secretos de cómo puede comunicar lo que siente y cómo puede cambiar de color según lo que quiera expresar.

Sus manos temblaban ansiosas por llegar a casa para poder escribir todo lo que había aprendido y compartirlo con su familia y sus compañeros de la escuela.

Rescatando Sueños

Mibsams Delvalle Guevara Yancel

estado Bolívar, Venezuela

Presentación: Mibsams Delvalle Guevara Yancel es docente especialista y trabaja en el C.A.I.D.V. Caroní. Entre sus pasatiempos se encuentran la escritura de cuentos y poesías, espacios a través de los cuales expresa su creatividad y sensibilidad.

Participa en este concurso con el deseo de que otras personas puedan leer sus textos y conectarse con lo que transmite a través de ellos, valorando esta oportunidad como una vía para compartir su voz y su trabajo literario.

Cuento:

Hace muchísimos años, en Francia vivía un carpintero llamado Brais, quien muchas veces se sentía frustrado porque en su vecindario vivían 3 niños ciegos que no asistían a la escuela, ya que por no poder ver, nadie podía enseñarles a leer ni escribir.

Los niños iban a su casa casi diariamente, se valían del sentido del oído y el olfato para llegar a esta, ya que la misma se encontraba muy cerca de una gasolinera.

Contaban historias, cantaban, jugaban, y llenos de gran ingenuidad los pequeños le relataban a Brais sus más grandes sueños.

Un buen día, mientras los niños se encontraban sentados con Brais en frente de su casa, escucharon que un centenar de niños cargados con mochilas, caminaban por la acera junto a unos adultos coreando una frase a todo pulmón que decía: “Marchando vamos, todos juntos, a divertirnos hasta que se ponga el sol.”

Esta situación hizo estallar en llanto a los 3 niños, el más pequeño llamado Tomás quiso salir corriendo para unirse al grupo de niños. Por otra parte Tony, el que le seguía, lleno de frustración solo se alejó unos cuantos metros y lloró en silencio. Pero Tomm el mayor de los niños, por su parte gritó a los 4 vientos lleno de una gran frustración: “Estoy cansado... cansado de ser ciego y no poder hacer lo mismo que hacen otros niños... no tengo amigos, me ven como un bicho raro y ni siquiera puedo ir a la escuela.”

Esa noche Brais no pudo conciliar el sueño, se cuestionaba una y mil veces: “Cómo es posible que yo, un gran carpintero no he podido crear algún método para ayudar a tantas personas que en todo el mundo carecen del sentido de la vista y por desgracia deben soñar en silencio.”

A la mañana siguiente, desde muy temprano Brais se encerró en su taller de carpintería: “Primero tengo que crear algo que sea tangible, algo que los ciegos puedan manipular y a su vez, logren escribir.”

Luego de 3 horas, fabricó 6 daditos de madera, cada uno se colocaría en una cajita rectangular, la cual se debía colocar de forma vertical, de manera que dichos daditos se posicionaran dentro de la misma formando 2 columnas y 3 filas. Cada dadito tendría una posición específica dentro de la caja, en la columna de la derecha, irían los daditos: 1, 2 y 3, y en la columna de la izquierda la ocuparían los daditos: 4, 5 y 6, todos colocados de arriba hacia abajo.

Hecho esto, Brais se dijo: “Esto será un divertido juego para mis niños, primero que nada deberán comprender que cada dadito irá en una posición específica.”

Salió de su casa en busca de los pequeños, quienes se encontraban encerrados en su vivienda mientras sus padres se iban a trabajar desde muy temprano. Ya en frente de la puerta llamó: “Tomas, Toni, Tom, vengan Les tengo una gran sorpresa.” Los chicos salieron apresuradamente de la vivienda y fueron en compañía de Brais a su casa. Este le explicó a cada uno de los niños con mucha calma y paciencia en que consistía el juego, el cual bautizó cajetín. Todos entendieron muy bien, aunque a Tomás el más pequeño, le costó un poco más de tiempo asimilarlo todo, ya que pues, solo tenía 4 añitos y carecía de algunos conocimientos para orientarse en el espacio.

Brais tuvo que construir 2 cajitas más con sus respectivos daditos para que cada uno de los niños pudiese practicar y jugar con este innovador juego ¡El cual sí que prometía la integración de muchos niños y jóvenes a la sociedad!

Durante los meses siguientes, Brais se encargó de darle una decodificación de puntos a cada letra del alfabeto: “Este grandioso método de lectura y escritura se llamará Braille, mi gran misión será demostrar que a través de él las personas con discapacidad visual podrán acceder a la educación.”

Los pequeños, ya muy habilidosos con el juego, competían entre ellos y representaban en el cajetín las letras del alfabeto según la decodificación que les iba nombrando Brais: “Bien, vamos a escribir la letra b, los puntos que conforman esta letra son el 1 y el 2.” ¡Quien la escriba primero se ganará un trozo de pastel!

Pero no todo terminaba aquí, ahora la meta de Brais era simplificar este método para que se pudiera representar en una hoja de papel y a su vez, se lograra palpar con los dedos: “Necesito ayuda, debo lograr crear algo que tenga muchos cajetines para que así dentro de cada uno se puedan escribir las letras, es preciso que estas queden en relieve para que así las personas ciegas las puedan reconocer.”

Pasaron los meses, salió, tocó puertas, hizo miles de llamadas telefónicas, envió cartas y no recibía respuestas de nada. Pero una mañana, ya casi sin esperanzas, recibió una llamada de una fábrica de artículos de plástico que se encontraba en España llamada Louis Reglet: “Buen día, estamos interesados en su gran proyecto, podemos fabricar una especie de regla la cual tendrá varias líneas dispuestas en forma horizontal que a su vez, poseerá diminutos cajetines tal como usted lo explica. La misma se podrá abrir tal como un libro y así poder introducir una hoja de cartulina dentro, y para que los puntos queden en relieve solo se deberán punzar con un pequeño taquito de madera, el cual tendrá una punta muy fina. Para poder palparlos, solo se tendrá que voltear dicha hoja de cartulina y los puntos se identificarán de izquierda a derecha. Me interesa muchísimo esta gran iniciativa de parte de usted, ya que tengo un hijo de 13 años que quedó ciego siendo muy pequeño y ahorita está muy rebelde, lo tengo encerrado en casa porque aquí en la fábrica no lo puedo tener, me preocupa que se vaya a lastimar o tropezar con algunas de las herramientas. También tengo una amiga que hace poco dio a luz a una niña ciega, la pobre madre está inconsolable porque ya sabe, en estos tiempos el futuro es totalmente incierto para ellos.”

Dicho esto, en la fábrica se dedicaron durante las siguientes semanas a construir varias reglas de plástico, las cuales pasaron a llamarse regletas Braille, y los pequeños taquitos que se utilizarían para escribir, fueron bautizados con el nombre de Punzón.

Un mes después, el dueño de la fábrica llamó a Brais: “Querido amigo, le acabo de enviar una docena de regletas con sus respectivos punzones para que usted las pruebe con los 3 niños que me comentó, dependiendo de los resultados viajaré a Francia y lo contactaré para recibir la inducción con respecto al uso de esta herramienta, y de esta forma poder ayudar a mi hijo y en un futuro no muy lejano a todo aquel que desee unirse a esta hermosa causa.”

Así fue, esta Regleta Braille dio excelentes resultados, los chicos podían escribir muy bien, pero necesitaban un poco más de tiempo para poder descifrar con las yemas de sus dedos los puntos en cuestión, pero si, después de tanto esfuerzo y trabajo en equipo, ¡La inclusión de estos chicos a la sociedad era muy pero muy prometedora!

Un año después, en 1784, en París, capital de Francia se creó el primer instituto para niños y jóvenes ciegos. Muchos países más se encargaron de adoptar el método Braille, las regletas y punzones ahora también eran fabricadas con metal, las plásticas eran de colores: verde, azul y rosado. Muchísimos docentes llenos de curiosidad se encargaron de aprender este maravilloso método para apoyar a numerosos chicos con discapacidad visual. Y no podían faltar los padres de estos muchachos, quienes con millones de sueños y esperanzas se dedicaron a ayudar y acompañar a sus hijos en todo momento.

Tomás: “Ya tengo 5 años y voy a la escuela, tengo muchos amiguitos, mi maestra se llama Gladis y junto a ella y mis padres estoy aprendiendo a escribir mi nombre en Braille.”

Así mismo, Toni expresó: “Lo que más me agrada de ir a la escuela es que puedo escribir al igual que mis compañeros, le escribí una dedicatoria a mi mamá en Braille y se la obsequié para el día de las madres.”

“Y aquí el testimonio de Tomm, quien lleno de orgullo comentó: “Me siento libre, capaz, el Braille me ayudó a volar, ya renacieron mis alas, estaban escondidas porque necesitaban de alguien que las hiciera aparecer nuevamente”.

Y así se fueron escuchando alrededor de todo el mundo testimonios de muchísimos niños y jóvenes con discapacidad visual que gracias a este maravilloso método Braille ¡Pueden no sólo soñar, si no perseguir y alcanzar sus más grandes anhelos!

Dos pájaros de un tiro

Nadia Mireya Díaz Rodríguez

Camagüey, Cuba

Presentación: Nadia Mireya Díaz Rodríguez es escritora y estudiosa de la vida de Louis Braille, tema que ha explorado también desde la poesía y la crónica. Su gusto por la escritura la ha llevado a participar en distintos espacios literarios y a proyectar nuevas formas de creación, entre ellas el sueño de realizar un radio-documental

Su participación en este concurso responde tanto a su interés por escribir como a su admiración por el legado de Louis Braille y por la importancia histórica y cultural del sistema que lleva su nombre.

Cuento:

Nailan empujó la puerta de la biblioteca con la misma familiaridad con que se acaricia un recuerdo. El eco de sus pasos sobre el mármol le devolvía una sensación de hogar. Aunque la pandemia había vaciado el lugar de voces y risas, ella sentía que los libros la esperaban como viejos amigos.

Se dirigió a la Sala Especial, donde trabajaba como técnica. Su discapacidad visual no le impedía moverse con seguridad entre los estantes. Con cada paso, sus dedos rozaban los lomos de los libros, reconociendo texturas, memorias, títulos que había transcrito, leído, compartido.

Colocó su mochila sobre la mesa y comenzó a organizar lo que llevaría para continuar su labor desde casa. Guías de archivo, fichas, documentos. Se detuvo un momento, pensativa.

—¿Qué más necesito? —murmuró.

Una voz suave, casi susurrante, respondió desde el silencio:

—Necesitas un libro Braille, una regleta, un punzón... y la máquina Braille.

Nailan se sobresaltó. Miró a su alrededor, pero no distinguía bien. En una de las mesas, un hombre rubio, de piel clara y ojos luminosos, sostenía los instrumentos que ella acababa de pensar.

—¿Quién es usted? ¿Y por dónde entró?

—No lo puedo ver bien... pero se parece a Louis Braille —murmuró.

—El mismo, muchacha —respondió él con una sonrisa cálida, Entré sin que te dieras cuenta, estabas muy absorta en tu búsqueda.

—Sí... es verdad.

—Te ayudaré a encontrar lo que necesitas. Así transcribes los textos al blanco y negro, y como dicen ustedes los cubanos, matas dos pájaros de un tiro.

Nailan no sabía si estaba soñando, pero algo en la presencia de aquel hombre la llenaba de paz. Juntos recorrieron los estantes. Él seleccionaba libros, revistas, materiales. Los ordenaba con precisión, como si conociera cada rincón de la sala. Luego la ayudó a acomodarlos en la mochila y la jaba.

—Con todo esto ya puedes matar esos dos pájaros: lectura y escritura.

—Verdad que sí, amigo. Y de paso tengo otros para que los usuarios que no saben leer ni escribir en nuestro sistema puedan leerlos cuando volvamos a la normalidad.

Una voz interrumpió el momento:

—¿Amiga, hablando sola?

—No —respondió Nailan con una sonrisa.

—Entonces vamos a montarlo todo en el visitaxi.

El hombre entró, tomó la mochila y la jaba. Nailan se quedó un momento frente a los estantes. Con una mano, hizo un gesto de despedida.

—¿A quién dices adiós?

—A mis libros. Aquí se quedan, y no sé si los vuelva a ver.

—Los volverás a ver. Y a mí también. Entonces te invitaré a un café.

Nailan sonrió. No sabía si aquel encuentro había sido real o producto de su imaginación. Pero mientras el taxi se alejaba, sintió que llevaba consigo algo más que libros: llevaba esperanza, compañía, y el legado de quien había abierto las puertas del conocimiento para los que no pueden ver con los ojos, pero sí con el alma.

Seis puntos en las estrellas

Odalís Santana Herrera

La Habana, Cuba

Presentación: Odalís Santana Herrera ha encontrado en la escritura una pasión constante y una forma de comprender y expresar el mundo desde su experiencia como persona con discapacidad visual. Desde 2020 forma parte de la Asociación Nacional de Ciegos en Cuba, espacio en el que ha fortalecido su vínculo con la comunidad y con herramientas fundamentales como el bastón y el braille, a los que reconoce como símbolos de autonomía, dignidad y comunicación.

Su cuento nace como un homenaje al braille y a su capacidad de abrir caminos hacia el conocimiento, la cultura y la expresión, incluso en un contexto atravesado por avances tecnológicos y nuevos recursos digitales.

Cuento:

Anita, recién graduada de la universidad, sufrió un accidente que lo cambió todo: perdió la visión.

Al principio, la oscuridad se le hizo insoportable. Pasaba horas en silencio, ajena al mundo, convencida de que nada volvería a tener sentido.

Su hermano Jorge no se rindió. Una tarde entró en su cuarto con una caja.
—Te traje algo —dijo.

Anita no contestó.
—Es un libro en braille. Pensé que...

— ¿Leerlo? —Lo interrumpió con amargura—. No sé leer eso. No sé hacer nada.

Jorge se sentó junto a ella, acariciándole la mejilla, respondió:
—Entonces aprendamos juntos.

Dejó el libro sobre la mesa y salió. Aquella noche, Anita soñó: caminaba por la playa, ciega, pero sin miedo, guiada por el viento y el calor de la arena. Al despertar, tocó el libro casi por accidente. Pasó los dedos sobre los puntos. No entendió nada, pero sintió una chispa: curiosidad.

Al día siguiente, Jorge la encontró con el libro abierto sobre sus piernas.
— ¿Quieres aprender?

Anita asintió en silencio. Ese gesto marcó el inicio de su nueva vida.

Con ayuda de la asociación de ciegos, Anita pasó meses en rehabilitación. Aprendió a desplazarse con el bastón y conoció el sistema braille, aunque al volver a casa perdió la motivación. El cuaderno de puntos quedó guardado en un cajón: para ella no era un camino, sino un recordatorio de lo perdido.

Jorge entonces comenzó una relación con Mari. Un día la llevó a conocer a su familia: su madre Alicia, su hermano Marcos y Claudia, la hija de este, una niña de siete años... también ciega.

De pronto, Claudia se acercó sin titubeos:

— ¿Tú también usas bastón?

—Sí—respondió Anita.

—Yo tengo uno rosa. Mi papá dice que parece una flor.

Esa sencillez conmovió a Anita. No era lástima, ni compasión: era una niña compartiendo su mundo. Desde entonces, algo comenzó a moverse en ella.

Claudia irradiaba curiosidad. Había hecho de la ceguera un juego: decía que el viento guardaba secretos, que los pasos dibujaban mapas, que los sonidos tenían colores. A ojos de Anita, la niña no solo necesitaba amor, también ofrecía una lección de seguridad y ternura.

Pero un día, Claudia llegó llorando de la escuela.

—No entiendo los puntos—sollozó—. Todos leen, menos yo. Me confundo y se ríen.

Las palabras atravesaron a Anita como un puñal. Ella entendía: el braille no era un simple código, era el muro que separaba a Claudia del mundo.

Esa misma noche fabricó una caja de cartón con huecos en forma de celda braille y pequeñas bolitas de papel que servían de puntos en relieve.

Al día siguiente, se la mostró a la niña.

—Vamos a jugar.

Claudia, emocionada, palpaba cada letra aprendiendo a reconocerlas. Poco a poco, el juego se volvió rutina. Anita enseñaba, Claudia descubría... y sin darse cuenta, ambas aprendían.

Un día, Anita escribió en braille una pequeña frase que Claudia leyó con sus dedos:

—“Tú puedes.”

Anita entendió que ya no era un lenguaje de pérdida: era libertad.

El único que parecía no compartir el entusiasmo era Marcos, padre de Claudia. Hombre duro, retraído desde la viudez, criaba a su hija con disciplina pero poca ternura. Apenas la escuchaba; nunca la abrazaba.

Sin embargo, comenzó a observar en silencio las sesiones de braille. No decía nada, pero siempre estaba en el marco de la puerta. Cerrado, como si la esperanza lo incomodara.

Una tarde se atrevió a hablar:

— ¿De verdad eso le servirá?

—Sirve para leer, para escribir, para entender el mundo —respondió Anita.

—No quiero que se ilusione con cosas que no va a poder hacer.

—No es una ilusión. Es su derecho. Escúchala. Eso es lo único que necesita y que la acompañes.

Marcos no respondió. Pero lo cierto es que ya algo se movía dentro de él. La certeza de que tal vez había estado ciego de otra forma.

Con paciencia, Claudia avanzó en la lectura. Hasta que un día llegó orgullosa con una hoja.

—“Me llamo Claudia y me gustan las estrellas” —leyó en voz alta.

Todos celebraron. Marcos tomó la hoja torpemente, sin comprender los puntos, dejó que su hija se los explicara. Fue la primera vez que se mostró dispuesto a aprender con ella.

Desde entonces, se fue acercando más. Ayudaba a preparar las bolitas de papel, incluso intentaba tocar letras junto a Anita. El muro que lo aislaba de su hija comenzaba a resquebrajarse.

En la escuela organizaron un concurso: los niños debían escribir un cuento en braille. Claudia, entusiasmada, decidió participar.

—Quiero escribir sobre una niña que habla con las estrellas —anunció.

Con apoyo de Anita, la historia tomó forma. Era el relato de una niña ciega que, cada noche, conversaba con el cielo. Las estrellas le decían que la oscuridad no era un castigo, sino otra manera de ver.

El día de la presentación, Claudia leyó con voz clara y segura:

—“Había una vez una niña que hablaba con las estrellas...”

El público estalló en aplausos. El jurado la proclamó ganadora.

Anita sintió un nudo en la garganta: Claudia había encontrado su voz.

Esa tarde, en casa, Marcos se acercó a Anita.

—Gracias. No solo por Claudia... también por mí. Ella me enseñó a mirar de otra manera. Pero tú le mostraste el camino.

Guardó silencio antes de añadir, con la misma crudeza que lo caracterizaba:
—Quiero que te quedes. Con nosotros. Cásate conmigo.

Anita respiró hondo. Pensó en lo perdido y en lo que había hallado.
—Sí.

Aquella noche, Claudia escribió la frase más luminosa de todas:
—“Mi familia habla con las estrellas.”

Y Anita, al leerla con sus dedos, descubrió que el braille —y los seis puntos sencillos— no era señal de derrota, sino el idioma secreto con el que su vida había vuelto a nacer.

No Llores, Léeme

Cuento ganador del segundo lugar

Samuel Naranjo Ríos

Cali Valle, Colombia

Presentación: Samuel Naranjo Ríos perdió totalmente la visión a los ocho años, tras haber nacido con una condición visual en uno de sus ojos. Actualmente estudia Derecho en la Universidad Libre y mantiene un interés especial por la escritura de cuentos, ámbito en el que busca seguir creciendo y desarrollando su creatividad.

Participó en este concurso motivado por su gusto por la literatura y por el deseo de poner a prueba su capacidad narrativa, viendo en esta experiencia una oportunidad para seguir avanzando en su camino como autor.

Cuento:

Apodado como “el peque” en la escuela, Jesús era un niño consentido que vivía con su madre, la persona a quien él más amaba en el mundo y por supuesto, en la que más confiaba. “¡Mi mamá tiene superfuerza!” Gritaba inflando el pecho con orgullo cada vez que la maestra pedía a sus alumnos que le hablasen de su superhéroe favorito, pues no entendía cómo su madre podía cargarlo en brazos, y él, aun reuniendo todas sus fuerzas no era capaz de levantarla un centímetro del suelo

Los dos vivían en una casita humilde en un barrio a las afueras de la ciudad. Cada mañana, tres canarios y un bichofué se posaban en un árbol cercano a la casa e iniciaban su trinar matutino, levantando a Jesús y a su madre, quien, después de llevar al niño al colegio, recorría las polvorientas calles de la ciudad con un bulto al hombro, vendiendo frutas y verduras bajo el sol inclemente e inmisericorde, cuyo calor incesante tiende a calentar con mayor fuerza a los desamparados.

A las 4, la madre pesarosa recogía al niño del colegio y pese al agotamiento que inundaba sus ojos, le ayudaba con sus deberes. -Necesito que aprendas bien el braille, mi niño. ¡No quiero que cuando seas grande tengas que trabajar bajo el sol como yo! Le decía mientras acomodaba su pizarra y punzón.

La mujer, de tanto estudiar con su hijo había aprendido muy bien la escritura en relieve y se entregaba cuerpo y alma para que él pudiese leer de forma fluida, aun usando abreviaturas estenográficas. Cada vez que notaba progresos en Jesús, ahogaba pequeños gritos de alegría y sentía que tanto esfuerzo valía la pena.

Los sábados eran días tormentosos en aquella casa humilde de dos habitantes. Cuando el trabajo de vender frutas no daba el dinero suficiente, la madre emprendía pequeños recorridos por clubes nocturnos y dejaba al niño solo. Mi chiquitín, sabrás que yo llegué porque primero haré sonar las llaves y luego

tocaré 3 veces en la puerta, eran sus palabras siempre que salía al muladar del mundo noctámbulo. Mientras la madre se maquillaba lo mejor que podía, el niño se quedaba dormido escuchando audiocuentos en un casete que introducía en una grabadora antigua, seguramente de su tatarabuelo y despertaba horas más tarde a penas oía el tintineo de unas llaves y tres golpecitos en la puerta. su madre, toda pintoreteada y llena de moretones, de rostro sombrío y mirada perdida, disimulaba sus penurias en cuanto su hijo aparecía en el umbral, y la rodeaba con sus manitas. Pero existían ocasiones en que evitaba hacer ruido para no despertar al pequeño y simplemente se arrodillaba y agradecía al de arriba por haberle permitido sobrevivir.

Fue así como un sábado cualquiera, con su anochecer vacilante opacado de luces mortecinas provenientes de aquella ciudad de algarabía creciente, la madre del pequeño Jesús, más nerviosa de lo habitual, luego de haber acostado a su niño y haber rezado el rosario, salió a regañadientes en busca del sustento de siempre. Señor, protege a mi pequeño, nunca lo desampares. Murmuraba para sus adentros mientras su silueta se mezclaba con el paisaje lúgubre de una multitud ansiosa por adueñarse de la noche y el desenfreno.

De un sobresalto el niño se levantó de la cama. Vio la hora en su relojito parlante: 04:50. En 10 o 15 minutos llegaría su madre y él lo presentía, así que se paró de tras de la puerta principal, para darle un buen susto cuando ella entrara. El silencio de la noche, interrumpido por el cantar de algunos grillos y el sonido agudo y tranquilizador de las ranas se prolongó más de lo habitual. Y entonces, por fin, se escuchaba, tenuemente el canto de los canarios. Tímidamente se fueron uniendo los bichofués y los cucaracheros al concierto matutino que aquel día no representaba un buen augurio. El oído del pequeño captaba movimiento de personas en la calle y lo asociaba a su madre, pero nadie hacía sonar las llaves, nadie tocaba la puerta. 05:20: los pájaros trinaban con más fuerza y Jesús, pese a su inocencia presentía que algo no estaba bien, y su respiración empezó a acelerarse mientras se paraba de la cama y comenzaba a dar pequeños pasos adelante y atrás. Decidió pegarse a la puerta para escuchar mejor los sonidos del exterior, e intentando calmarse, prestó atención.

Su esperanza regresaba por momentos cuando oía pasos de tacón acercándose, pero se iba cuando el sonido se alejaba. Pasaban algunos carros, alguien barría las aceras, campanas de la iglesia tintineaban a lo lejos, pero su mamá no llegaba. Minutos más tarde el niño cayó profundamente dormido, sentado en el suelo, con el oído pegado a la puerta

Al despertar, lo primero que notó fue una textura áspera, corrugada, en la parte baja de la puerta y, descubrió asombrado que eran palabras en braille. Intrigado, el niño deslizó sus dedos y leyó: Mi niño Jesús, no te preocupes, yo siempre estaré cuidando de ti. ¡Mamá! ¿Dónde estás? Gritó el niño con impaciencia. De repente el texto se borró, y como por arte de magia, nuevas palabras iban surgiendo bajo sus manos sudorosas

Van a venir unas personas por ti, te llevarán a otro hogar. Haz todo lo que ellos digan, mi niño.

¿Y tú, cuando vienes? ¡Donde estás! Gritaba el niño mientras que grandes lagrimones se escapaban de sus pequeños y hundidos ojos. En ese momento dos mujeres y un hombre tocaron a la puerta: ¡Jesús, somos tus vecinas! Necesitamos hablarte de tu madre.

Llorando y sin pronunciar palabra, el niño los dejó entrar. Fue llevado a un hospital donde le dijeron que su madre estaba dormida, pero si él tenía fe, tal vez despertaría. Los médicos no dejaron visitarla, pues su situación era crítica. Había sido víctima de un cliente psicópata quien después de propinarle una fuerte golpiza había logrado escapar.

-Mientras que tu mami despierta, pequeño Jesús, te llevaremos a un sitio donde estarás con otros niños, y te cuidaremos muy bien, ¿vale? Susurró una enfermera.

¡Pero mi mami está conmigo, ella me habla! Dijo el niño mientras se frotaba los ojos.

Sí, cariño, ella está contigo, respondió la joven con dulzura y una mirada triste. En el fondo sospechaba que la madre del niño ya no despertaría jamás.

Cuando llegaron al hogar sustituto, el pequeño fue dejado a su suerte, sentado en un cartón rodeado de otros niños de su misma edad que jugaban y corrían a sus anchas, sin prestarle un mínimo grado de atención. Agarró su pequeño bastón con fuerza, y un sentimiento de angustia empezó a recorrer su pecho y garganta, sus labios empezaron a temblar, pero antes de que pudiese dejar salir algún sollozo de desesperación, del cartón asomaron unas palabras en braille que se acomodaron debajo de las manitas del niño, quien empezó a leer:

Mi chiquitín, eres un pequeño muy fuerte y valiente. Ve y habla con esos niños que están a 4 pasos frente a ti, parecen de buen corazón.

Más animado y seguro, Jesús avanzó hacia dos niños de no más de 7 años. El primero, blanco, de pelo liso y negro azabache, de gafas azules y redondas, de aspecto amigable. El segundo de piel morena, mirada sagaz, pelo revuelto y en su mano llevaba una muleta.

¡Hola! Dijo el pequeño. -Me llamo Jesús Patiño, pero la gente me dice ... -Qué es ese palo que llevas en la mano! Exclamó el niño de gafas. -no sea grosero, Tutti! ¿Mire, es un niño ciego, él camina con ese palo para no caerse, cierto niño? Preguntó el niño de piel morena. Jesús sonrió y contestó: Algo así, pero no se llama palo, ¡se llama bastón!

¿quieres jugar algo, niño? - ¡Yo soy Orlando y me gustan los dinosaurios! -Y yo soy Jaime Naranjo, pero me dicen Tutti, exclamó el niño de gafas. - ¡Y a la mamá de Tutti le decían la señora Papaya, ja ja ja! Rio Orlando. Y así, gracias a las notitas de su madre, el pequeño forjó sus primeros lazos de amistad.

Les habló de la inusual forma en la que su madre se comunicaba desde el más allá a través del braille, y sus amigos, emocionados pensaban que era una especie de hada azul o hada madrina. Su emoción fue tal, que después de algunos meses, desarrollaron esa habilidad táctil, casi sobrehumana de sentir los puntos en relieve e incluso lograron descodificar algunos signos que contenían aquellos mensajes.

Las mujeres cuidadoras de aquel hogar sustituto, pese a la gran cantidad de niños pululando por los pasillos y al abandono estatal de sus instalaciones, no podían ocultar su asombro cuando veían a aquellos tres infantes actuar con tanto decoro y respeto a la hora de comer, hacer la cama o en los eventos sociales. A veces ese asombro se tornaba en preocupación y rociaban con agua bendita las superficies de las mesas, paredes, sillas o pisos que constantemente los niños limpiaban y acariciaban con las yemas de los dedos, sumidos en un Estado puro de concentración.

Jesús recuerda con claridad la última vez que su madre le habló, o más bien, le escribió. Ese día sería adoptado por una pareja de profesores que, encantados, habían aceptado al niño sin reservas, y su corazón latía con fuerza de regocijo. Esa mañana varias palabras emergieron en la superficie de sus sábanas: - ¡Te felicito, hijo! Ya eres un poquito más independiente y te espera una familia muy especial. A partir de ahora no podremos hablar porque debo navegar con los demás. Nunca me olvides, mi niño.

FIN

El Código de la Luz en mis Manos

Sandra Eugenia Malagón Angarita

Bogotá, Colombia

Presentación: Sandra Eugenia Malagón Angarita adquirió la discapacidad visual a causa de una negligencia médica y, a partir de entonces, inició un proceso de adaptación y aprendizaje marcado por la búsqueda de autonomía. Ante la negativa inicial de enseñarle braille durante su rehabilitación, decidió aprenderlo de manera autodidacta, profundizando en su estudio y desarrollando un vínculo cada vez más fuerte con este sistema de lectoescritura. Paralelamente, se ha formado en el uso de lectores de pantalla y otras herramientas que han fortalecido su desarrollo personal y profesional.

Su experiencia la ha llevado a valorar el braille no solo como una herramienta práctica, sino como parte fundamental de una nueva identidad y de un proceso de reconstrucción.

Cuento:

En mi caminar por la vida de una persona con discapacidad visual, lo que más me preocupaba y me traía a confusión es que ya no tendría la oportunidad de leer y escribir para avanzar en mi caminar como educadora y estudiante. La depresión que aparecía constantemente al sentirme totalmente dependiente de otros y las respuestas negativas en algunas situaciones me llevaron a esforzarme de tal manera que estudiando día y noche podría vencer esta nueva barrera en mi vida; pero a la vez sentí el ahogamiento de un muro casi impenetrable que me mantenía en alerta para no morir en el intento, poco a poco se convirtió en la columna sólida que me mantenía en pie para no desfallecer en mi reto de aprender una nueva forma de comunicación escrita. Las lágrimas en mis ojos brotaban una y otra vez al no encontrar quien me orientara en este tema tan importante ya que una y otra vez dentro de mí escuchaba la frase “Lo que no se ejercita se muere”. Ya había perdido con mi vista todo un camino de mi vida desde que nací hasta este momento en que poco a poco mis ojos se fueron apagando; y no estaba resignada a perder lo que era rescatable y que solo yo debería no permitir, porque la obligación y deber que tenía ahora era conmigo misma.

Comenzaron a aparecer barreras que no me permitían aprender una nueva forma de lecto escritura, pero la solución a esta piedrecilla fue empaparme de información acerca de la discapacidad visual y llegué al mundo del punto tras punto con deditos inquietos.

Al inicio fue toda una confusión lo que escuchaba y muchas personas me decían que para eso era más fácil utilizar la tecnología. Pero mi cabecita loca me llevaba al mismo punto de dependencia, lo cual me entristecía un poco más. Reconozco la importancia de La tecnología en muchos aspectos; pero también sentí y siento que anula mis capacidades porque nos inunda de tal manera que una

opción rápida del acceso a los documentos escritos nos lleva a ser personas analfabetas. Por esta razón me lleva a ser una persona que explora y cuando escucho un “NO” como respuesta dentro de mí es un “SI” total.

Así que no estaba interesada en ser o convertirme en una especie de Robot al cual le ordenan que hacer o que está invalidado para sentir, para aprender, para discernir y para construir su vida colocando sus propios ladrillos y abrir sus propias ventanas y puertas para dejar entrar los rayos de sol que acarician la piel con su calor, o el viento fresco que calma el alma cuando estamos en alteración: es mi castillo, mi fuerte, mi nuevo hogar. Y por estas razones complejas pero alcanzables decidí aprender y reaprender lo que me hace tan feliz.

La pandemia de cierta forma se hizo mi aliada porque me brindó el tiempo que no tenía en los afanes de la vida para comenzar mi nuevo mundo. Recuerdo que en mi lapso de vida deprimente Dios me fortalecía en cada paso que avanzaba o caía por la envidia de unos y la mediocridad de otros. Por este camino que al inicio fue deprimente, conocí a un gran profesor y persona con esta discapacidad que vive en México y quien al escuchar mi historia fue asertivo y diligente y me brindó parte de su tiempo para ilustrarme sobre el sistema Braille. Pero debo confesar que la sola palabra llegó a aterrarme y mucho más la explicación de que tenía que escribirlo en una forma y leerlo de otra; al inicio sentí que aparecía ese primer muro y tenía la sensación que caería sobre mí apachurrándome hasta dejarme aplastada y delgada como una hoja de papel. En ese momento me dije a mi misma en realidad soy una hoja de papel cuando comenzó toda la locura de perder la habilidad de ver con mis ojos. Ahora había llegado el momento de comenzar a escribir en esa hoja que estaba en blanco esperando una nueva historia basada en mi nuevo proyecto de vida. Yo tenía que buscar la forma de pararme y buscar en las cosas que utilizan las personas con discapacidad visual, creando un aliciente como excusa para alimentar la esperanza de desarrollarme en un mundo completamente extraño, frío, cargado de inseguridades y miedo de vivir. Esta era la visión que tenía en este momento y sabía que tenía que cambiar este pensamiento para lograr lo que deseaba. “Continuar viva y sentirme útil”. De repente escuché una conversación en donde se referían a una tienda especializada en productos para la discapacidad, lo cual llamó mi atención y me atreví a preguntarles un poco sobre el tema. Entonces caminé hasta ese sitio para saber que era lo que ofrecía, me comenzaron a mostrar algunas cosas sin sentido para mí en ese instante ya que la rabia conmigo misma por la situación que estaba atravesando me impedía ver con asertividad las cosas. Pero llamó mi atención un rectángulo verde con muchos rectángulos más pequeños y que a la vez parecía un pequeño libro sin hojas el cual venía acompañado por un punzón parecido al que usé cuando iba al colegio. Luego de observar aquel rectángulo y a su acompañante ni siquiera pregunté para que servía y sentí el impulso de comprarlo, así que no lo pensé ni un minuto y compré mi rectángulo plástico con su punzón, la tomé con afán sintiendo como si fuera la última y única vez que la encontraría y la guardé en la carpeta que llevaba con extremo cuidado como si fuera mi más grande tesoro. Esta parte de mi vida la podría llamar una montaña rusa emocional porque experimenté miedo, frustración, enojo y al final algo de alegría porque brilló por primera vez un rayito de esperanza.

Literalmente actué por fe y no por vista dejando todo en manos de mi Padre quien estoy segura me impulsó a realizar esta compra. Mientras caminaba hacia mi casa con la energía en ceros, pensativa y tropezándome con lo que había delante de mí, algo internamente me llevó al pensamiento razonable y profundo que me hacía sentir que ese era el inicio de una gran aventura con altos y bajos y sin saber cuál sería la finalidad de todo esto. Al llegar a casa me dirigí a mi habitación totalmente desordenada porque mi paso por la depresión solo me llamaba a envolverme en las cobijas como una avestruz que entierra su cabeza en la tierra para escapar de una realidad que no lograba asimilar de la mejor manera. Entonces, saqué el famoso rectángulo y comencé a palparlo y aunque quería saber para que me serviría no busqué información porque no sabía ni como se llamaba. Simplemente la guardé en mi cajón y me quité los zapatos y volví a mi cama entre mis cobijas que ahora eran como un ataúd de un ser vivo que no se siente con vida. Pasaron más o menos 6 días y mi hijo prendió la televisión y justo en ese momento pasaban la noticia de la implementación del Braille en muchos campos e hicieron una demostración escribiendo con aquel rectángulo plástico que había comprado.

Cuando nos dimos cuenta con mi hijo que estábamos viendo el uso del rectángulo plástico y que era igual al mío, comencé a llorar y entré en una etapa de afán y nervios por sacarla del cajón en que la había guardado. Al tomarla en mis manos mi corazón comenzó a palpitar tan rápido que mis manos temblaban a su ritmo. Y fue allí cuando comprendí que escribiría con ella mi historia y algo tan simple tenía un valor tan alto que no permitiría dejarla sin darle la oportunidad de que me demostrara sus objetivos. Desde ese preciso instante el rectángulo verde se convirtió en mi faro para continuar adelante; lo más increíble es que no salió ni una letra de ella para demostrarme su importancia, pero si me invitaba a que fuera yo quien la alimentara con múltiples textos para rellenar el espacio entre sus tapas. Comencé a escribir puntos para saber lo que se sentía al punzar cada uno de los puntos y al darle vuelta a la hoja tuve miedo de aplastar los puntos; pero no me detuve, así que cree un cuaderno con el alfabeto Braille y comencé a integrar a mi hijo explicándole el número que corresponde a cada punto para que el me corrigiera sin saber a profundidad del tema. Poco a poco en jornadas largas comencé a entenderlo tras un trabajo extenuante porque no quería fallarme en este nuevo aprendizaje. Cuando ya comencé a escribir las primeras palabras y realizar la lectura de las mismas mi corazón comenzó a latir de felicidad y mis temores fueron desapareciendo y llenándome de más impulso para continuar.

Recuerdo que lo primero que escribí fue una lista de mis sentimientos en ese momento y me puse como tarea cambiar los sentimientos negativos en positivos. Todos los días dedicaba horas y horas entretenida escribiendo y leyendo como si fuera una niña pequeña en sus primeros años de colegio. ¡Sí!, tengo que aceptar que leer no era tan fácil como escribir, pero el error estaba en mí ya que apoyaba tan fuerte los dedos en los puntos que no podía sentirlos bien. Entonces reflexioné sobre lo que significa el Braille para mí y recordando el momento en que por primera vez tomé mi regleta como un tesoro; entonces decidí hacer mis lecturas pasando mis manos sobre los puntos con tal suavidad con la que se acaricia a un bebé. Y fue así como logré leer con calma, con ternura, con asertividad y con el tiempo a mi

favor cada uno de los escritos que iba creando. Y de esta manera comencé a escribir mi nueva historia la cual me permitía salir adelante y obtener la meta que me había propuesto. Ahora mi historia es contada por “EL CÓDIGO DE LA LUZ EN MIS MANOS”; una luz que nunca se apagará porque su combustible es el Braille y cura las heridas de nuestras batallas como personas con discapacidad visual.

Agradecimientos

La Unión Latinoamericana de Ciegos (ULAC) expresa su más profundo agradecimiento a todas las personas e instituciones que hicieron posible el Concurso “Braille y Punto” y la presente publicación. Agradecemos especialmente a las autoras y los autores, quienes, con su compromiso, creatividad y reflexión, enriquecieron este espacio colectivo; al integrante del jurado, Dr. Eduardo Constanzo Inzunza, por su dedicación, rigurosidad y valioso aporte en el proceso de evaluación; y a la Sra. Patricia Eittington, cuyo acompañamiento fue fundamental para el desarrollo de esta iniciativa. Reconocemos también el trabajo articulado de las secretarías y áreas de ULAC involucradas, en particular secretaria de deportes, cultura de la ULAC, por su compromiso con la promoción del braille, la accesibilidad y el derecho a la información. Finalmente, extendemos nuestro agradecimiento, y a todas aquellas personas que, desde distintos espacios, contribuyeron a que esta publicación sea hoy una realidad.

Unión Latinoamericana de Ciegos (ULAC)

Comprometidos con la inclusión, la accesibilidad y el ejercicio pleno de los derechos de las personas ciegas y con baja visión en América Latina.

El braille es lectura, es escritura, es autonomía.

Es acceso al conocimiento y participación en igualdad de condiciones.

Esta publicación reafirma nuestro compromiso con su promoción, enseñanza y reconocimiento como herramienta fundamental para la inclusión.

www.ulacdigital.org